

El ejemplar del *Geka seiso* (1791) de la Colección Francisco Guerra*

The Copy of *Geke seiso* (1791) in Francisco Guerra's collection

José Luis GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO

jlgonz01@pdi.ucm.es

RESUMEN

Desde 2007 la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla conserva un ejemplar del *Geka seiso*, un libro xilográfico japonés impreso en el siglo XVIII. Su título original chino es *Waik'o Cheng Tsung*, o *Método ortodoxo de la cirugía*, en español. Este tratado médico fue escrito al inicio del siglo anterior por Chen Shih-kung, o Chen Shigong, (c. 1555-1636), y en 1791 fue editado de nuevo en Japón por el médico imperial Ogino Gengai (1737-1806). Este ejemplar complutense proviene de la colección de Francisco Guerra Pérez-Carral. En este artículo se estudian tres aspectos del *Geka seiso*, en un orden cronológico inverso. Primero, su adquisición por el doctor Guerra, quien lo compró en Miami (1990), procedente el volumen de la colección del doctor norteamericano Otto Orren Fisher. A continuación se analiza el contenido de esta obra, publicada por vez primera en 1611, en China. En ella su autor (Chen Shigong) incluyó sus famosos preceptos profesionales y éticos: *Los cinco mandamientos y las diez exigencias*. Por último se estudian, por un lado, las circunstancias históricas de esta edición en 1791, relacionada probablemente con el proceso político de restauración de los estudios Chu Hsi, y por otro lado el proceso técnico de su impresión, realizado en Kyoto por Hayashi Gonbe, Hayashi Ihe y Takemura Kahe. Finalmente se describen y comentan algunas de las características materiales de este ejemplar del *Geka seiso*, para su mejor comprensión por un lector occidental.

Palabras clave

Medicina china, colección Francisco Guerra, Chen Shigong, libro xilográfico japonés.

ABSTRACT

Since 2007, the Historical Library "Marqués de Valdecilla" preserves a copy of *Geka seiso*, a Japanese blockbook printed in the eighteenth century. Its original title Chinese is *Waik'o Cheng Tsung*, or *Orthodox method of surgery*, in English. This medical treatise was written at the beginning of the previous century by Chen Shih-kung, or Chen Shigong, (c. 1555-1636), and in 1791 was printed again in Japan by the imperial doctor Gengai Ogino (1737-1806). This complutense copy is from the collection Francisco Perez-Carral Guerra. This article looks at three aspects of *Geka seiso*, in a reverse chronological order. First, its acquisition by Dr. Guerra, who bought it in Miami (1990), from the volume of the collection of American Dr. Otto Orren Fisher. Next it analyzes the content of this work, first published in China (1611). in this edition the author (Chen Shigong) included his famous professional and ethical precepts: The **Five Commandments** and Ten Tenets for Physicians. Finally, we study the historical circumstances of this edition in 1791, probably related to the political process of restoration of Chu His's studies and too the technical process of printing, held in Kyoto by Gonbad Hayashi, Ihe Hayashi and Takemura Kahe. Finally, it describes and discusses some of the material characteristics of this copy of *Geka seiso* for a better understanding of Western readers.

Keywords

Chinese medicine, Francisco Guerra's collection, Japanese blockbook..

* Este artículo se enmarca dentro las actividades del Grupo de Investigación Complutense 941369 "Bibliopegia", dedicado al estudio de las encuadernaciones y el libro antiguo, codirigido por los profesores Antonio Carpallo Bautista y Fermín de los Reyes Gómez. Quiero agradecer a la directora de la Biblioteca Histórica Marta Torres Santo Domingo y al personal de la biblioteca su excelente asistencia para el estudio de este libro.

En la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla se conservan, guardados dentro de sus respectivas cajas de cartón neutro, los cuatro volúmenes de un impreso xilográfico japonés de fines del siglo XVIII. Se trata del *Geka seiso*, (*Método correcto de cirugía*, en español, o *Waik'o Cheng Tsung*, en chino), un tratado de medicina escrito a principios de la centuria anterior por el galeno Chen Shih-kung, o Chen Shigong. Este ejemplar procede de la colección de Francisco Guerra Pérez-Carral, cuya biblioteca fue adquirida por la Universidad Complutense en 2007, en una feliz decisión¹. Parece lógico que, a causa de su labor profesional, el doctor Guerra se interesara por la compra de tan curioso tratado médico, obra de un antiguo colega oriental. La barrera del idioma (está impreso en chino con marcas de lectura y anotaciones en japonés, o *kanbun*) fue con probabilidad un inconveniente menor a los ojos del bibliófilo cántabro, pues se compensaba con creces gracias al tacto del papel *washi*, sobre el que está impreso, y a la evocadora visualización de sus ilustraciones xilográficas. No cabe duda de que tan exótica apariencia sigue atrayendo la circumspecta atención de los lectores occidentales. En el año 2008 el primero de sus volúmenes, que contiene treinta y seis estampas, fue seleccionado para figurar en la exposición *Una biblioteca ejemplar*, que la Universidad organizó para dar a conocer los tesoros de la colección Guerra². Y asimismo, una escogida muestra de sus hojas ha sido digitalizada para ser incluida en el catálogo web de nuestra biblioteca universitaria y en la Biblioteca Digital Dioscórides³. Incluso se dispone de un enlace en la biblioteca digital Miguel de Cervantes, si bien éste todavía no es accesible cuando se escriben estas líneas⁴.

Tal difusión es consecuente con la percepción exótica que del *Geka seiso* tenemos, pero un libro antiguo oriental no debe concebirse sólo como un objeto bibliográfico extravagante, sino también como un producto cultural y un testimonio histórico de gran interés. Por este motivo la directora de la Biblioteca Histórica, Marta Torres Santo Domingo, me propuso la redacción de un artículo en el que se abordaran las peculiaridades de este libro japonés. Para ello, nada mejor que despojarle de algunas de sus características más “pintorescas”, recordando (por ejemplo) que no es el único “tesoro” de este tipo que se conserva entre los fondos de las bibliotecas complutenses. Al contrario, en la biblioteca de la Facultad de Bellas Artes se conserva, desde principios del siglo XX, una antigua colección de estampas y libros japoneses. Sus fondos fueron expuestos hace unos pocos años en la muestra *Flores de Edo* (2004-2005)⁵, donde se dio a conocer un patrimonio extraordinariamente raro en España.

¹ Chen Shih-kung (c. 1555-1636). Ogino Gengai, ed., (1737-1806). *Geka seiso* [*Waik'o Cheng Tsung* o “El método correcto de cirugía”]. Tokio : Hayashi Gonbei, Hayashi Ihe y Takemura Kahe. 1791 (Kansei-3). B. Histórica-Fco. Guerra. BH FG 2982-2985. 4 vols.

² Marta Torres Santo Domingo (coord.), *Una biblioteca ejemplar: tesoros de la colección Francisco Guerra en la Biblioteca Complutense*. Madrid : Ollero y Ramos : Universidad Complutense de Madrid, D. L. 2007.

³ http://cisne.sim.ucm.es/search*spi~S6/X?SEARCH=geka+seiso&searchscope=6&SORT=D. Consultado a 23 de noviembre. El enlace a la Biblioteca Digital Dioscórides en el mismo lugar.

⁴ <http://www.cervantesvirtual.com/FichaMateria.html?Ref=593511>. Consultado a 23 de noviembre de 2009.

⁵ Universidad Complutense de Madrid y Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes, *Flores de Edo: samuráis, artistas y geishas. Grabados y libros japoneses de la Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes, patrimonio bibliográfico de la Universidad Complutense de Madrid: 4 de noviembre de 2004-10 de enero de 2005*, Biblioteca Histórica Marqués de

Integrado en su mayor parte por grabados del tipo popular o *ukiyo-e* (unos 800) y treinta libros, los contenidos de esta colección han sido estudiados y catalogados por Susana Lumbreras Manzano y Sergio Navarro Polo en dos amplios trabajos a los que remitimos, ya que en la actualidad constituyen referencias imprescindibles en España sobre las características de libro artístico nipón⁶.

Este reconocimiento no nos exime de lamentar que, salvo excepciones, los estudios orientales en España todavía carezcan del espacio institucional y bibliográfico del que gozan en otros países, como Gran Bretaña, Francia, Alemania, Países Bajos o Estados Unidos⁷. Y esto es especialmente triste cuando se recuerda que fue en Portugal y España donde en el siglo XVI se introdujeron los estudios de *orientalia* en Europa. No otras tierras que las de Catay y Cipango trató de buscar Colón en América, y se comprende que la temprana presencia de los navegantes hispano-lusos en las costas de China y de Japón, la conquista de las islas Molucas y de las Filipinas y la unión dinástica existente entre 1580 y 1640, facilitaran los contactos entre la Corona ibérica y el Extremo Oriente. En consecuencia, no debe sorprender que los primeros europeos en estudiar las culturas orientales fueran españoles y portugueses. Sobre la percepción que en Europa se tuvo sobre la imprenta en Asia, el escritor Francisco Martínez Vela ha recopilado una excelente selección de testimonios⁸. En la misma, que se inicia de manera significativa con un texto de fray Diego Valadés (1579), no son pocos los nombres de españoles que podemos encontrar compendiados. En la Real Biblioteca de El Escorial se guarda, por ejemplo, un curioso grupo de impresos chinos, regalados a Felipe II en 1576⁹. Casi al mismo tiempo, al monarca se le propuso emprender la conquista de China o de Japón, pero con buen criterio desestimó tal proyecto y prefirió enviar en 1580 a la corte china un embajador, el agustino fray Juan González de Mendoza (c. 1540-1617). Y si bien éste nunca llegó a Asia, recopiló tanta información que logró escribir una notable *Historia del gran reino de China* (Roma, 1585). Su obra fue traducida a las principales lenguas europeas y gozó de más de cuarenta ediciones en apenas dos décadas. Autores tan diversos como Montaigne, Francis

Valdecilla, *Universidad Complutense de Madrid*, Madrid: Publicaciones de la Universidad Complutense, Vicerrectorado de Extensión y Difusión de la Cultura, 2004.

⁶ Sobre los fondos de estas mismas características artísticas que se conservan en Francia, resulta de ineludible lectura la edición española del catálogo de la exposición con fondos de la Bibliothèque Nationale de France, elaborado por Gisèle Lambert y otros, *Ukiyo-e: imágenes de un mundo efímero: grabados japoneses de los siglos XVIII y XIX de la Bibliothèque nationale de France*. Barcelona : Fundació Caixa Catalunya, 2008. Este catálogo es traducción del francés, publicado para la misma muestra en la sede de la Fundació Caixa Catalunya, Barcelona, celebrada del 16 de junio al 14 de septiembre de 2008. Queremos citar también el breve trabajo de Mariano Olcese Segarra, Patricia Zulueta Pérez, *El arte de la estampa japonesa: ukiyo-e* Valladolid : La Maleta Galería de Arte, 2007.

⁷ Una evidencia de este predominio nos la proporciona la publicación de los dos catálogos de fondos japoneses conservados en la British Library *Descriptive Catalogue of Japanese Books in the British Library Printed before 1700*, de Kenneth Burslam Gardner (London y Tenri, 1993), y *Catalogue of Japanese Printed Books and Manuscripts in the Library of the British Museum*, por Sir Robert Kennaway Douglas (London, 1898, con un suplemento en 1904).

⁸ Francisco de Paula Martínez Vela, *El imaginario europeo de la Imprenta en Asia. Breve análisis de la visión eurocentrista del arte de imprimir en Oriente*, Granada : editorial Teleo prensa de mano, 2009.

⁹ Gregorio de Andrés, "Los libros chinos de la real Biblioteca del Escorial". *Missionalia Hispánica*, XXVI, Enero-abril, n° 76 (1969), pp. 115-123.

Bacon o como Sir Walter Raleigh se basaron en la *Historia* del agustino cuando escribieron sobre China. En ella su autor destacaba la importancia y antigüedad de la imprenta en Oriente:

“Pero según los chinos afirman, su primer principio [el de la imprenta] fue en su reino, y el inventor un hombre que ellos reverencian por santo; de donde se derivó y trajo muchos años después que ellos tenían el uso, al reino de Alemania, por la Rusia y Moscovia, por donde tienen por cierto que se puede venir por tierra, y que mercaderes que venían de allá al dicho reino por el mar Bermejo, y de la Arabia felice, trajeron los libros, de donde el Juan Gutemberg (a quien las historias hacen autor) tomó motivo”

No menos notable fue el papel del dominico Juan Cobo, quien publicó en 1592 la que puede ser considerada la primera traducción de un libro chino a una lengua europea; se trata de la versión castellana del *Ming xin bao jian, Beng Sim Po Cam, o Espejo rico del claro corazón*, una colección de aforismos y breves diálogos sapienciales de tradición confuciana atribuida a Fan Liben. Dos siglos más tarde, el agustino fray Francisco Méndez (1725-1803) introdujo en su *Tipografía Española* enjundiosas reflexiones sobre la imprenta en Orienta¹⁰. Sin embargo, la pérdida del imperio colonial a principios del siglo XIX y el relevo del papel de España por otras potencias en las relaciones con China y Japón, contribuyeron de modo notable a la decadencia de nuestro orientalismo. Franceses, británicos y holandeses nos sustituyeron en este empeño con gran éxito. Recuérdese, por ejemplo, los excepcionales descubrimientos realizados por Paul Pelliot y Aurel Stein en las cuevas de Mogao (China) entre 1907 y 1910. Afortunadamente, en los últimos años diversas iniciativas han retomado la tradición orientalista española, como la creación pionera, el 9 de octubre de 1992, del *Centro de Estudios de Asia Oriental*, en la Universidad Autónoma de Madrid, la fundación en 1996 de la *L'Escola d'Estudis de l'Àsia Oriental*, en la universidad Pompeu Fabra, la constitución en 2001 del organismo *Casa Asia*, con sedes en Barcelona y Madrid, o la instauración en 2003 de una licenciatura sobre “Estudios de Asia Oriental” en la Universidad Autónoma de Madrid.

La contribución de la Universidad Complutense a la implantación de la “*orientalia*” académica en España es todavía menor, al menos en comparación con su potencial. Por ceñirnos únicamente al área de la bibliografía, nos limitaremos a recordar cómo en el año 2008, desde la Facultad de Ciencias de la Documentación, algunos profesores nos empeñamos en organizar una exposición sobre el libro antiguo oriental¹¹. En los paneles explicativos de la misma se citaba la existencia del mismo ejemplar complutense del *Geka seiso* (1791), del que en esta ocasión ofreceremos un estudio detenido, con el propósito tanto de describir sus características materiales como de explicar sus particularidades técnicas, lingüísticas e históricas. Iniciamos, pues, un periplo que, en esta ocasión, y a lomos de un libro japonés del siglo XVIII, nos llevará desde Tokio hasta Madrid, pasando por China y Estados Unidos, en un

¹⁰ *Tipografía española o historia de la introducción, propagación y progresos del arte de la imprenta en España*. Madrid: Viuda de Ibarra, 1796. Tuvo una segunda edición, muy mejorada por las correcciones y añadidos que introdujo el bibliógrafo Dionisio Hidalgo. Madrid, Imp. de las Escuelas Pías, 1861.

¹¹ José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, “La exposición El Libro Antiguo Oriental (22 de abril-8 de mayo de 2008)”, *Revista General de Información y Documentación*, 18 (2008), pp. 411-420. Accesible a través del enlace: <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/byd/11321873/articulos/RGID0808110411A.PDF>

recorrido que nos permitirá “despojar” al mismo de sus aureolas misteriosas y exóticas, para mostrárnoslo como un testimonio histórico de excepcional valor. Será también un viaje en el tiempo, por lo que se nos excusará de que, recomendamos, para demostrar la profundidad y utilidad de nuestros antiguos orientalistas, que se lean algunos de sus certeros testimonios en la citada recopilación de Martínez Vela. Les aseguro que en muchos de ellos nos podemos ver reflejados a nosotros mismos en nuestra perplejidad e inocencia occidentales. Es por ello que también será un viaje hacia nuestro interior “gutenbergiano”. No en vano, este aventurado estudio pretende acercar al lector a los “misterios” del libro antiguo oriental para suscitar un fructífero debate entre nuestra concepción del libro, ligada a la figura de Johannes Gutenberg, y otra concepción, la oriental, en la que el libro impreso se vincula a otros nombres muy anteriores al del tipógrafo alemán, como el del herrero Jen-Tsung o el del ingeniero Wang Tcheng. ¿Galaxia Gutenberg? Sin duda, pero hubo (y hay) otras en nuestro planeta.

1. La adquisición del *Geka seisō* por Francisco Guerra

Mas, ¿por dónde empezar? Quizás lo más conveniente sea hacerlo por el final, narrando las circunstancias de la compra de este libro antiguo japonés por el doctor Guerra. En su breve autobiografía, tan llena de jugosas y significativas anécdotas, el bibliófilo cántabro no concede unas líneas para recordarnos cómo y cuándo adquirió este impreso. Pero, gracias a que junto con sus libros proporcionó una gran parte de su archivo personal, ha sido posible consultar la documentación sobre su compra. Ésta se conserva en la Biblioteca Histórica, en la carpetilla FG 2982-85. Por los papeles en ella contenidos sabemos que el libro fue adquirido por Guerra en febrero de 1990 al librero norteamericano, y también doctor en Medicina, Martin B. Raskin (Florida). Especializado en libros de medicina¹², no sólo fue librero, sino también un experto bibliófilo. Desde 1996 su magnífica colección privada, integrada por más de cinco mil títulos, ha sido depositada gradualmente por el propio Raskin y su familia en la *Louis Calder Memorial Library*, de la universidad de Miami, para conformar así la reputada *Martin B. Raskin Rare Book Collection*. Algunos años antes, y por la documentación recopilada en la citada carpetilla, parece evidente que Guerra tuvo acceso a un catálogo de la librería de Raskin (veremos que de su *Special Collection catalogue*, Winter 1990), del que guardó unos recortes impresos, pegándolos sobre un pequeño billete de papel. En este pedazo figuran, con el nº 18, los datos de este ejemplar a la venta:

“18. (CHINESE SURGERY. THE CORRECT METHOD FOR SURGERY. 4 vol. set. Entirely in Chinese by several Chinese physicians but was printed in Japan between AD 1573-1619 – Ming Dynasty. Chinese printer Edo Nippon. 1 Cho. There are 36 pp. of illustrations of modest men, women and babies for diagnostic purposes. There are approx. 450 pp. of text (225 leaves). 8 VO. VG.

¹² Su librería, “Martín B. Raskin Medical Books”, se encontraba sita en Lake Worth, en el nº 4349 de Trevi Ct., según las cartas y facturas que intercambio con Francisco Guerra en 1990. Lo confirma la guía de Kevin M. McCarthy (ed.), *The book lover's literary tour of Florida*. Miami : Pineapple Press, 1992, p. 477.

(4 leaves have a tiny worm hole non affect. text . Soft sewn wrappers as issued. [Transl. by a Chinese friend] The binding seems to be 19th Century ? \$ 375.”

A lápiz Guerra copió en otra tira de papel adherida al anterior la dirección del librero y la signatura del ejemplar. Al reverso se aprecia el listado de otros libros puestos a la venta en el mismo catálogo. Destaca en especial el artículo nº 13, una obra de W. C. Borden sobre el uso de los rayos X en la guerra de Cuba contra España (1900), pero (como veremos), no fue esta “pieza” la que captó la atención de Guerra, sino otro libro de Mooney (con el nº 17) que “escapó” a su bibliofilia. Mejor fortuna tuvo con el impreso nipón antiguo. En la misma carpetilla se conserva una factura fechada el 14 de febrero de 1990, donde se indica que se pagaron por el libro 385 dólares USA (el precio de venta más los gastos de envío). Junto con la factura Raskin escribió una breve carta autógrafa para su comprador español, dándole las gracias por su misiva del 4 de febrero (suponemos que mostrando su interés por adquirir el ejemplar de *Geka seiso*). A continuación le informa que otro libro, de cierto Mooney (numerado en su catálogo como 17) ya había sido vendido (“# 17 Mooney has been sold”), pero que el ejemplar chino (el nº 18), era suyo y le proporcionaba algunos datos adicionales sobre su contenido y edición:

“# 18 Chinese surgery is being held for you. We have some additional information on it from the Univ. of California, san Francisco.

Title. Waik'o Cheng Tsung by Chen Shih-Kung. This is the 1791 printing of the original edition of 1663.

The binding is original of 1791 and is fine. We will send it if you desire it.

Yours truly.

Martin B. Raskin (firma)”

La información bibliográfica que sobre este ejemplar decía tener Raskin fue finalmente adjuntada. Se trata de una carta de la profesora Atsumi Minami, jefa en la Universidad de California de la sección “Oriental Medicine Collection”. Dirigida al librero de Florida el 18 de enero de 1990, no se sabe si fue éste quien acudió a ella para confirmar qué edición tenía a la venta, o si fue la bibliotecaria la que se dirigió previamente al librero para indagar si podía ser de interés el libro ofertado en su catálogo para completar los fondos bibliográficos de la institución californiana. Sea como fuere, responde Minami:

“Dear Sirs:

Thank you for sending us the copies of the title and colophon pages of the item nº 18 Wai k'o chen tsung外科正宗 by Chen Shih-kung 陳實功,1791 | [subrayado en el original] (1791 printing of 1663 edition) listed in your Special Collection catalogue, Winter 1990. The information you sent us helped me confirm that we already have the title in our collection. Our copy is 1742 printing and therefore we are not interested in the item at this time. Thank you for your cooperation.

Sincerely.

Atsumi Minani (firma)

(Mrs.) Atsumi Minani
Head, Oriental Medicine Collection.”

En nuestras consultas del catálogo *online* de las bibliotecas de la Universidad de California no hemos logrado localizar dicho ejemplar de la edición de 1742, aunque sí figuran dos de 1663 y de 1791¹³. Ignoramos la razón de este hecho, si se trata de una pérdida del ejemplar, o que se ha corregido la fecha de impresión de 1742 por la de 1791. Curiosamente, Richard C. Rudolph (1909-2003), fundador de los estudios asiáticos en la UCLA, sí que poseía un ejemplar de la edición de 1791, adquirido posteriormente (en 2007) por la norteamericana *Wood Library-Museum of Anesthesiology*¹⁴.

Hubo, sin embargo, en la información transmitida a Guerra algunos errores, algo no extraño en transacciones comerciales de libros raros y antiguos. Por ejemplo, no perdamos de vista que Raskin hubo de acudir a un “Chinese friend” para transcribir el título de la obra que ponía a la venta. Y fue probablemente éste quien le indicó como fecha de impresión “Ming Dynasty. Chinese printer Edo Nippon. 1 Cho”. Esta referencia cronológica no es correcta, pero pasó al registro de esta obra en el catálogo que Guerra redactó de su propia biblioteca. En Japón, al igual que en China, se contaban los años por medio de una sucesión de eras (*nengō*), períodos históricos que englobaban unos determinados años numerados por orden. El nombre de cada *nengō* era establecido por funcionarios imperiales, con criterios históricos, políticos o religiosos, pero siempre definiendo las características que se deseaba predominaran en dicho período. Durante el reinado del emperador Kōkaku (1780-1817) se sucedieron varias eras en Japón, pero ninguna recibió la denominación “Cho”¹⁵. En ellas el año 1791 se corresponde con el año tercero de la era “Kansei”. Y ésta es la fecha de impresión que encontramos asignada a otros ejemplares de esta edición del *Geka seiso* en varias bibliotecas¹⁶. Otra cuestión más compleja es la de delimitar, como afirmara Atsumi Minami a Raskin, que la edición de 1791 era una reimpression de la edición de 1663. Tal circunstancia parece que motivó la decisión de no adquirir el ejemplar puesto a la venta en Miami, entendiendo que éste no se diferenciaba demasiado del impreso en 1742 que se encontraba en San Francisco. Pero sobre esta cuestión trataremos por extenso en la descripción material del volumen.

¹³ Chen, Shigong, [*Geka seishu kaishun*]. [s.l.], 1663. 4 vols. (hojas dobles) ilustrado, 23 cm. UCLA Libraries and Collections, Biomed History and Special Collections Cage. Call Number: AC9 .WO C421ge 1663. Y Chen, Shigong, [*Geka seiso*], Kyoto : Hayashi Gonbei, 1791. 4 vols. (hojas dobles) 26 cm. UCLA Libraries and Collections. Biomed History and Special Collections Cage, Call Number: AC9 .WO C421g 1791. En notas: “Reprint of Chinese edition”.

¹⁴ Como se destaca en su boletín de 2009. “Acquiring Rare Books: Japanese Acu-texts from the R.C. Rudolph Library”. Se puede consultar este informe en <http://www.historyofscience.com/pdf/Japanese-Books.pdf>. Gran parte de la biblioteca oriental del propio Rudolph se conserva en la Universidad de California, conformando la *Richard C. Rudolph East Asian Library*, creada en 1948 como apoyo a los estudios impartidos en la citada universidad sobre Extremo Oriente.

¹⁵ Quiero agradecer al profesor José María de Francisco Olmos sus aclaraciones sobre la cronología en Japón. Durante el reinado de Kōkaku se especificó la existencia de cuatro eras: *An'ei* (1772-1781), *Tenmei* (1781-1789), *Kansei* (1789-1801), *Kyōwa* (1801-1804) y *Bunka* (1804-1818).

¹⁶ Por ejemplo, en la Japanese Rare Book Collection, de la Library of Congress. [RL221 .C44 1791 Japan Cage](#). Su consulta a través de su catálogo online.

Sea como fuere, la decisión de Minani puso el libro camino de España, siendo recibido, en marzo de 1990, en el domicilio madrileño del profesor Guerra en la calle Rodríguez de San Pedro. Por un momento podemos imaginar su emoción al abrir el paquete que contenía aquella edición del *Geka seisó*, alegría que no debió ser menor, pues más allá de su contenido médico, resulta evidente que Guerra adquirió el libro motivado por su particular afición por la “*orientalia*” bibliográfica europea. Su interés por esta cuestión puede que fuera inicialmente una derivación de su reconocida afición por México y el mundo colonial hispanoamericano. No olvidemos que durante varios siglos Acapulco fue el puerto desde el que partía el famoso galeón de Manila, que comunicaba no sólo las Filipinas con España, sino China y Japón con Europa. Por este motivo parece que a nuestro insaciable e inquieto bibliófilo no le fue difícil toparse en el mercado anticuario mexicano con selectas piezas. Más adelante tuvo la oportunidad de ampliar su colección en Londres, ciudad donde residió entre 1961 y 1972, trabajando en la *Wellcome Historical Medical Library*. Allí conoció al famoso cirujano A. Dickson Wright (1897-1976), quien poseía una extraordinaria colección de libros sobre Extremo Oriente, cuyos volúmenes fueron comprados por Guerra¹⁷. La transacción se hizo por media de monedas de oro mexicanas, ya que Dickson y su hija no deseaban otra forma de pago. No deja de ser una acertada coincidencia la vinculación entre estos libros y tales monedas, sobre todo si recordamos que los reales de plata españoles del siglo XVIII, acuñados en Nueva España, fueron durante la segunda mitad del siglo la base de la economía monetaria en Oriente¹⁸.

No se indicaba en el *Special Collection catalogue* de la librería de Raskin que el *Geka seisó* había sido propiedad del doctor Otto Orren Fisher, un reputado médico y bibliófilo afincado en Detroit (Michigan). Esta procedencia se atestigua por la presencia, en las hojas de guarda de ambas tapas, de su *ex libris*. Se trata de una pegatina de tamaño mediano, en la que sobre fondo negro figura un globo terráqueo, mostrando el continente americano con una magna estrella en su interior, y alrededor aparecen una lámpara de aceite romana, un caduceo de Mercurio, unas alas de aviador y seis estrellas de cinco puntas en hilera, éstas orlando la parte superior del globo terráqueo. Es probable que Guerra conociera, al menos, el nombre de Fisher, pero de lo que no cabe duda es que constituye una curiosa coincidencia que ambos fueron los propietarios de este ejemplar del *Geka seisó*. El doctor Fisher, que había nacido en Sidney (Ohio) hacia 1884, estudió medicina en la universidad de Miami, donde en 1905 fue

¹⁷ Sobre la riqueza de esta colección remitimos a los dos textos de Pilar Cabañas Moreno, “Libros sobre Oriente: eruditos, misioneros y mártires”, pp. 163-178, y de María Jesús Ferro, “Libros sobre Oriente: naturalistas, viajeros y embajadores”, pp. 179-190, publicados en el volumen *Una biblioteca ejemplar*, dedicado a glosar la figura y la colección bibliográfica de don Francisco Guerra. Entre medias de ambos artículos se reproducen varias hojas de *Geka seisó*, y si bien nada se dice de este libro en ellos, parece lógico suponer que en su adquisición se aunaron las citadas aficiones de Guerra por los libros de medicina y por los países orientales.

¹⁸ A este respecto: Charles Kindleberger, *Spenders and Hoarders: The World Distribution of Spanish American Silver, 1550-1750*. Singapur : 1989; William S. Atwell, “International Bullion flows and the Chinese Economy, circa 1530-1650”, *Past and Present*, 95 (1982), pp. 68-90; Dennis Flynn y Arturo Giráldez, “Imperial Monetary Policy in global perspective”, en A. Bernal (ed.), *Dinero, moneda y crédito en la Monarquía Hispánica*. Madrid, 2000, pp. 385-403; y Elena María García Guerra, “Itinerarios mundiales de una moneda supranacional: el real de a ocho o peso durante la Edad Moderna”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 28 (2006), pp. 241-257.

admitido en la *fraternity* (o hermandad universitaria) Sigma Chi. Miembro alpha de la misma en 1909, en los boletines de esta asociación figura como ayudante en el departamento de cirugía¹⁹. Su dedicación a la profesión médica no le impidió (como en el caso de Guerra) cultivar una rica bibliofilia en variados campos. P. O. Kristeller, por ejemplo, recuerda en su *Iter Italicum* que Fisher adquirió en 1952 los dos volúmenes con la correspondencia entre Abraham Ortelius y Austrin Friars, que se conservaban en una biblioteca londinense, y que después revendió las cartas²⁰. Su afición por coleccionar epistolarios se percibe en otra referencia, pues sabemos que en noviembre de 1950, en una subasta celebrada por el marchante Olivier R. Barret Sale, se vendieron por 475 \$ unas cartas del embajador genovés Joseph Ravara sobre George Washington, propiedad de Fisher²¹. Estos datos evidencian la importancia de la biblioteca que el cirujano norteamericano logró reunir.

No hemos averiguado mucho más sobre su trayectoria personal y profesional, pero tenemos constancia periodística de que en 1946 asistió a una cena de la *Miami Alumni Association of Southeastern Michigan*, noticia difundida entonces por un periódico local de Michigan, y en donde aparece fotografiado junto con otros invitados. Al año siguiente el encuentro se celebró en su casa²². Falleció hacia 1955, tras lo cual su extraordinaria biblioteca fue vendida en diversos lotes por su viuda a través de Swan Galleries, en Nueva York (1974-1979). Actualmente siguen estando a la venta muchos ejemplares²³. Algunos muestran su interés por México, el mismo país que acogió a Francisco Guerra en su exilio, como la obra *México a través de los siglos*²⁴, o como un ejemplar del vocabulario mexicano del padre Molina

¹⁹ *The Sigma Chi quarterly: the official organ of The Sigma Chi Fraternity* (1905), vol. 25, pp. 184 y 371. El ejemplar puede consultarse en <http://www.archive.org/details/sigmachiquarter04fratgoog>. A 23 de noviembre de 2009.

²⁰ Paul Osten Kristeller, *Iter Italicum: a finding list of uncatalogued or incompletely catalogued humanistic manuscripts of the Renaissance in Italian and other libraries*. London: The Warburg Inst. 1963-1997, IV, p. 207. Esta correspondencia había sido depositada durante un tiempo en la *Guildhall Library*, de Londres, siendo vendida posteriormente en Sotheby's el 19 de febrero de 1952. Sobre su compra Kristeller especifica: "The collection was bought by Dr. O. O. Fisher, 2475 Iroquois Ave., Detroit, Mich. who has since resold in parts".

²¹ *Vid.* Maeva Marcus, *Origins of the federal judiciary. Essays on the Judiciary Act of 1789*. New York: Oxford University Press, 1992, p. 141.

²² *The Grosse Pointe Review*, vol. 23, n° 15 (14 de noviembre de 1946), p. 8. La noticia informa de que vivía con su esposa en el n° 2475 de la calle Iroquois, en Indian Village. Consultado a través de internet en la dirección <http://digitize.gp.lib.mi.us/digitize/newspapers/gpreview/1945-49/46/1946-11-14.pdf>. La convocatoria del "Miami alumni meet" en *The Grosse Pointe Review*, vol. 24, n° 6 (11 de septiembre de 1946), p. 4. Consultado a través de la web en la dirección <http://digitize.gp.lib.mi.us/digitize/newspapers/gpreview/1945-49/47/1947-09-11.pdf>.

²³ A modo de ejemplo, un volumen de la obra de Angélique M. le Boursier du Coudray, *Abrege de l'art des accouchements... sixieme edition*. Paris: T. Barrois, 1785, procedente de la biblioteca de Fisher, salió a la venta en la casa de subastas londinense Maggs Bros Ltd, especificándose en el catálogo de que había sido vendido en otra subasta anterior en 1979: "sold Swann, 5 April, 1979, lot 542, \$468.00". Maggs Bros Ltd., *Catalogue 1327. A selection of rare and magnificent natural history, scientific and medical books*, n° 84.

²⁴ Vicente Riva Palacio (ed.). *México a través de los Siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México...*, México-Barcelona: Balleca y Comp. / Espasa y Comp., 1884-1889. 5 vols. Ofrecido a la venta por Kaaterskill Books, Book number: 34896. Hemos consultado su existencia a través de la página web de Antiqubook: <http://www.antiqubook.com/boox/kaater/34896.shtml>. A 23 de noviembre de 2009.

(1571), que fue adquirido en 1971 por la *Lauinger Library* de Georgetown²⁵. Su posesión habría sido, sin duda, un motivo de sana envidia por Guerra, quien sólo tenía un ejemplar incompleto y en gran parte facsímil de la edición de 1555 (BH FG 2376). En otros libros de la colección del doctor Fisher se percibe, como no podía ser de otra manera su gran afición por la bibliografía médica. A través de la web de *Via Libri* (<http://www.vialibri.net>) hemos podido localizar no menos de 59 títulos procedentes de la “O. O. Fisher Collection”, que nos ilustran de manera muy clara acerca de esta preferencia bibliográfica, tan extraordinariamente cercana a la de Guerra²⁶. No ha de sorprender que algunos de estos ejemplares fueran adquiridos para enriquecer los fondos de bibliotecas de reconocido prestigio en esta disciplina, como la *Robert R. Sadoff Library*²⁷. En este contexto, se comprenden los motivos que indujeron al cirujano de Ohio a adquirir un ejemplar del *Geka seiso*. Años más tarde, las mismas circunstancias se reprodujeron cuando el doctor Guerra decidió adquirir un libro antiguo oriental de medicina. Aquel ejemplar de un “Chinese Surgery. The Correct Method for surgery”, puesto a la venta en Miami, le ofreció la oportunidad de satisfacer su curiosidad y su bibliofilia en este aspecto.

Como ya hemos narrado, su adquisición no le fue difícil y pronto lo tuvo en sus manos, pero si nos situamos por unos instantes en Madrid -cuando el libro fue recibido-, no resulta difícil imaginar que su emoción se mezcló con dudas inevitables sobre las circunstancias de su impresión, su contenido o sobre algunas de las características materiales. Unas dudas que todavía perduran. A resolver algunas de estas cuestiones se dedicarán las próximas páginas, y para ello debemos pedirle al lector que haga ahora un pequeño esfuerzo de imaginación, efectuando un ficticio giro del globo terráqueo, que nos permita situar nuestra mirada en Kyôto, la ciudad en que a fines del siglo XVIII un médico de la corte imperial, llamado Ogino Gengai, publicó una edición anotada de un afamado tratado médico chino, bajo el título de *Geka seiso*. Será, en apariencia, un viaje en el tiempo, pero realmente no nos moveremos del estrecho espacio que nos proporcionan cuatro volúmenes en papel. La “magia” de este viaje ha sido posible únicamente porque todo libro antiguo constituye un precioso testimonio histórico, y en cada una de sus páginas se reflejan no sólo un texto, sino también las circunstancias de su impresión, las inquietudes de una época y los vaivenes de su transmisión material hasta la

²⁵ En la citada biblioteca se conserva un ejemplar de la primera edición de la obra de Alonso de Molina († c. 1585) *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*. Mexico: En Casa de Antonio de Spinosa, 1571. Se indica: “Bookplate of Otto Orren Fisher”.

²⁶ Por ejemplo, en una consulta realizada en la misma fecha citada, hallamos a la venta obras de Irvin S. Cobb, *Snake Doctor and Other Stories*. New York : George H. Doran Company [1923]; de C. B. Burr (comp.), *Medical History of Michigan*. Minneapolis : Bruce Pub. Co., 1930. 2 vols; un ejemplar de la biografía del médico y filósofo italo-esloveno Santorio Santorio (1561-1636), obra de Arturo Castiglioni, *La Vita e l'Opera di Santorio Santorio Capodistriano MDLXI-MDCXXXVI*. Bologna/Trieste: Liconio Cappelli, 1920; o el manual quirúrgico de C. A. Theodor Billoth (1829-94). *Die allgemeine chirurgische Pathologie und Therapie*. Berlin: Reimer, 1863. Incluso figura a la venta un ejemplar de su propiedad de la obra de Felix Platter (1536-1614), *Praxeos medicae opus, quinque libris adornatum & in tres tomos distinctum. ... Huic accessit, ejusdem quaestionum medicarum paradoxarum & endoxarum, centuria postuma, opera primum Thomae Plateri, D. Felicis fratris edita, nunc ab eodem nep. Th. fil. revisa & recusa*. Basel: Emanuel Konig, 1656. 4º.

²⁷ Richard Mead, *Mechanical accounts of poisons in several essays*, London : J. Brindley, 1747. ESTC T55003. Citado en Joan McKenzie y Edward T. Morman, *Catalog of the Robert R. Sadoff Library of Forensic Psychiatry and Legal Medicine*. The College of Physicians of Philadelphia, 2004, p. 7.

actualidad. Resumir en las próximas páginas estas circunstancias, a través del ejemplar de esta obra que adquiriera en 1990 Francisco Guerra, quizás sea la más sincera manera de corresponder al esfuerzo y generosidad de este bibliófilo cántabro.

2. Ogino Gengai y su edición del *Geka seiso* de Chen Shigong (1791)

En este periplo de papel, nuestra primera etapa no se inicia en Japón, sino en China, donde debemos recalar y ajustar nuestro “reloj” en 1617. Fue entonces cuando Ch'en Shih-kung, Shigong Chen, Chen Shigong yuan ben o Kung T'ing-hsien (c. 1555-1636) publicó su *Wai k'o cheng tsung* (o *Waiké Zhengzong* en otras transcripciones)²⁸. Este tratado de medicina (**Fig. 1**), cuyo título original puede traducirse en español como *Los principios ortodoxos de la medicina externa*, conociendo disfrutó desde entonces una extraordinaria difusión tanto en el ámbito de China, como en Corea, Japón y Vietnam, países en los que la influencia cultural y científica del “gigante asiático” era muy notable desde siglos atrás. Representante muy cualificado de la escuela médica tradicional china, Chen Shigong recopiló más de 160 enfermedades y procedimientos curativos en su obra. En los primeros veinte capítulos abordó la etiología y el diagnóstico de diversos padecimientos, como el cáncer, los furúnculos y el ántrax. En los siguientes cien ofreció un amplio espectro de tratamientos para múltiples dolencias, desde las enfermedades periodontales y venéreas hasta la lepra (“el hueso muere y el puente de la nariz se derrumba”). También describió con precisión los diversos procedimientos quirúrgicos y algunas terapias contra el cáncer de labios y de mama, o sobre la extracción de pólipos nasales. Asimismo Chen abogó por fortalecer el bazo y el estómago de los pacientes antes de efectuar operaciones quirúrgicas, y dio instrucciones precisas para la fabricación de agujas de acupuntura, incluyendo especificaciones relativas a su tamaño, configuración y leyes de puntos para facilitar la inserción, y haciendo hincapié en que deberían ser de acero y no de hierro.

²⁸ Shigong Chen, y Jin sheng ju. *新刊外科正宗：四卷* / *Xin kan Wai ke zheng zong : si juan*. S. l., pero China, Gu shi, Ming Wanli ding si, 1617. 4 vols. : ill. ; 26 cm. Citamos por el ejemplar de la UCLA Libraries and Collections, Call Number: RL110 .C54 1617.

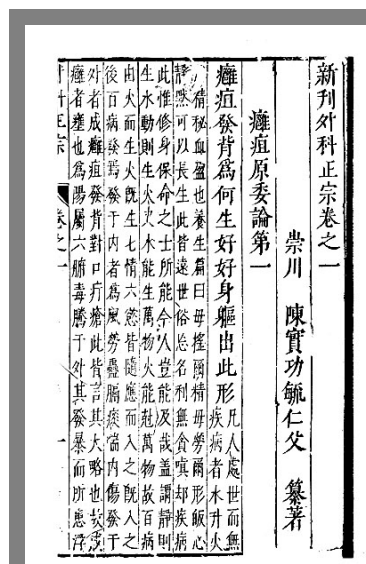


Fig. 1. Primera página del *Wai ke zheng zong*, (1617). Cortesía de la UCLA Library. RL110 .C54 1617:

<http://digital.lib.cuhk.edu.hk/crbp/servlet/list?action=afs&startPos=1&id=CULX02B231>

Ahora bien, si su *Wai k'o cheng tsung* logró especial celebridad en su época (y hasta la actualidad) fue sobre todo porque en este tratado se plasmó un detallado código médico de conducta, que recuerda en algunos aspectos al contenido en el juramento hipocrático. Chen Shigong pertenecía a la escuela médica de Kung Hsin, muy influida por Confucio, e inspirándose en los principios de este filósofo el autor proporcionó en su libro numerosos consejos sobre la práctica médica. Estos son conocidos como *Los cinco mandamientos y las diez exigencias*²⁹, una extraordinaria síntesis de la ética de los galenos orientales. En su opinión, había cinco cosas que un médico no debía hacer, y diez que sí debía. Los mandamientos constituyen unas detalladas admoniciones para los médicos en general, sin distinciones entre colegas de mayor o menos categoría dentro de la profesión:

- Primero. Cuando fuera llamado por un paciente, debe acudir inmediatamente, sin preocuparse de su posición social, ni posponer o declinar la visita. Es más, un médico no debe dar la impresión de que va a ir, si no pudiera hacerlo hasta mucho más tarde, pues sería un gesto poco amistoso y maleducado. Además, su interés en la curación del enfermo nunca ha de estar determinado por la cantidad de dinero para medicinas o de regalos que se le diera.
- Segundo. Cuando visitara a una mujer soltera, o viuda o monja, el médico debía hacerlo siempre en presencia de otras personas de la familia, o ir con un compañero. La razón de este mandamiento residía en el hecho de que las mujeres vivían en un espacio de reclusión en la vivienda familiar, pero también en que el acoso sexual, al parecer, fue un problema en China, incluso a principios de 1600.
- Tercero. Al médico no le estará permitido tomar a sus pacientes perlas u otros objetos preciosos con el pretexto de emplearlos para preparar remedios curativos, cuando en realidad los quiere para sí mismo. Y si pareciera que su uso fuera imprescindible, el paciente ha de ser consultado al respecto.

²⁹ Vid. Paul Ulrich Unschuld, *Medical ethics in Imperial China: a study in historical anthropology*, London : University of California Press, 1979 (en pp. 70-73, el código ético de Chen Shigong), *Medicine in China: a History of pharmaceuticals*, London : University of California Press, 1986, y del mismo autor, *Medicine in China: a History of Ideas pharmaceuticals*, London : University of California Press, 1988.

- Cuarto. Advierte que quien se dedica a la práctica de la medicina no debe entregarse a los placeres, ni a pasear por las montañas, beber buenos vinos o practicar el gusto por los viajes. Al contrario, siempre ha de estar disponible para recibir a los pacientes en su consulta, y cuando no los tuviere, debe dedicar el tiempo a elaborar medicinas, compuestas de acuerdo a las recetas establecidas y tradicionales. De esta manera, la mayor parte de las drogas o remedios que administrara estarían ya preparadas de antemano, no retrasándose la curación de los enfermos.
- Y quinto. Si fuera llamado para tratar a prostitutas, ha de relacionar con ellas igual que con las hijas de familias normales, a las ricas como si fueran de buena familia y a las pobres de manera gratuita. Ahora bien, concluido el examen del paciente, el médico debía retornar de inmediato a su casa para preservar su propia reputación.

Las diez exigencias para los médicos consistían en una serie de preceptos tradicionales, vinculados al pensamiento moral de Confucio:

- Primero. Todos los médicos debían conocer los principios morales del Confucianismo, sólo así podrían desempeñar su labor de manera correcta. Aparte de esto, lógicamente, de día y de noche debían dedicarse a leer los libros que sobre medicina habían escrito los autores más antiguos y experimentados, coleccionar dichas obras y memorizar sus reglas, recetas y recomendaciones.
- Segundo. En la elección y preparación de las medicinas debían seguir escrupulosamente las recetas establecidas por Lei-Kung, el más antiguo (y prácticamente mítico) creador de la farmacopea china, elevado a la categoría de semidios. Y da algunos consejos al respecto, como que las *tan* (o drogas de composición química) podían almacenarse, mientras que las decocciones y polvos debían ser realizadas al momento y con productos frescos.
- Tercero. Había que procurar no ofender a los colegas vecinos, relacionándose con cada uno de ellos de manera tan amistosa como cuidadosa. A los de más edad ha de mostrarse siempre respeto, a los más instruidos debe tratarseles como a maestros, y con respecto a los colegas envidiosos debe evitarse su contacto o pedir su ayuda.
- Cuarto. Advierte que el manejo doméstico del hogar es semejante al desarrollo de una enfermedad. Cuando un hombre se excede en su vida o en su alimentación, el cuerpo enferma y puede llegar a morir, cuando una casa se administra sin moderación, y día tras día los gastos superan a los ingresos, la ruina y la miseria son inevitables.
- Quinto. Cada hombre recibe su destino desde el Cielo, y no debe mostrar una mala voluntad con respecto a este designio celestial. Para obtener cualquier beneficio en la vida no debe romperse con los principios superiores.
- Sexto. Cuando los médicos desean expresar sus sentimientos a sus deudos y colegas en su propia morada, no han de hacerlo de manera visible o inusual, excepto en los casos de las bodas o entierros. Cuando un médico dé un banquete, los platos han de consistir únicamente en pescado y verduras.
- Séptimo. Los médicos no debían recibir dinero para preparar las medicinas a personas pobres o en grave peligro, a sacerdotes en peregrinación, sean estos budistas o taoístas, a mensajeros de las autoridades locales. Sus medicinas han de ser dadas de manera gratuita.
- Octavo. Los médicos estaban obligados a ser moderados en sus honorarios y en sus posesiones, y no deberían frecuentar tabernas y casas de apuestas, a no ser por razones de su trabajo médico.
- Noveno. Todas las medicinas y utensilios que los médicos emplean han de estar bien labradas, limpias y conservadas.
- Y décimo. Los médicos no deben reparar en los gastos que le supongan la curación de un paciente. Economizar en esta cuestión no tiene sentido, y hace la pregunta: ¿Qué es más precioso o importante, la vida o los bienes materiales?

Sin duda, Guerra conocía la importancia de este código deontológico cuando se decidió a adquirir este libro (el Gobierno chino lo consideró suficientemente importante para la historia de

la medicina como para merecer la reimpresión en 1964)³⁰, pero cabe preguntarse por las razones que llevaron a su publicación en Japón en 1791.

En una perspectiva general, esto último no debe sorprender. Para situar al lector, recordemos que desde varios siglos atrás la medicina china era la más reputada en todo en el continente asiático. Es más, durante las primeras décadas del siglo XVII se publicaron otros importantes tratados de medicina en China. Contemporáneos de Chen Shigong fueron Gong Yunlin, Gong Yanxian y Wu Zhiwang, autores de tres afamados tratados de medicina pediátrica y ginecológica: el *Xiaoer Tuina Mizhi*, o *Significado oculto del masaje infantil* (1604), el *Shoushi Baoyuan*, o *Prolongación de la vida y preservación de la vitalidad* (1615) y el *Jiyin Gangmu*, o *Sinopsis de las enfermedades de la mujer* (1620). Asimismo, y con un contenido más cercano al *Wai k'o cheng tsung* debemos citar el manual de preparación de medicinas *Paojiu Dafa*, de Miao Xiyong (1622). En muchos aspectos estos libros coinciden en sus contenidos, pues todos sus autores se inspiraron en las fuentes tradicionales de la medicina china³¹. Tras la entronización en 1644 de la dinastía de los Qing, de origen manchú, la literatura médica china mantuvo una amplísima difusión, e incluso incrementó su influencia. El siglo XVIII constituyó una época de especial esplendor a este respecto, no sólo por las numerosas ediciones de los tratados clásicos, sino también por la difusión de nuevas obras especializadas, como, por ejemplo, de la enciclopedia *I tsung chin chien* (o *Espejo dorado de la Medicina*), compilada por Wu Ch'ien bajo el patrocinio de la corte imperial (1741), o del *Yu yu chi ch'eng* (*Compendio del cuidado de los niños*) del pediatra chino Ch'en Fu-cheng (1750). En este contexto, no tiene nada de sorprendente que en 1749 se publicara de nuevo la obra de Chen Shigong, en una estampación dirigida por Zhuoyi Zhang jiao zheng³², o que de nuevo se entintara, hacia 1785, con comentarios de Wu ben tang³³. Esta última edición, tan cercana a la japonesa de 1791, nos pone de manifiesto la vigencia en la época de los postulados médicos expuestos en el *Wai k'o cheng tsung*.

No en vano, a causa de la gran influencia ejercida por la medicina china en Japón, la mayor parte de estas obras se vendieron en el país, o se publicaron por impresores nipones en su lengua original. Desde la introducción del budismo en el archipiélago (siglos VI y VII) la medicina tradicional nipona había sido desplazada por la china. Ésta era denominada genéricamente como *kampō*, y bajo su influjo, durante la época moderna, se desarrollaron dos doctrinas médicas: la representada por escuela *goseihō* o *kōseihō*, inclinada hacia la práctica de la acupuntura y la moxibustion, y la defendida por escuela tradicional o *koihō*, crítica con la

³⁰ Chen Shigong, *Wai ke zheng zong* [*A compendium of external diseases in traditional Chinese medicine*], Beijing : Ren min wei sheng chu ban she, 1964.

³¹ Vid. Charlotte Furth, "Concepts of Pregnancy, Childbirth, and Infancy in Ch'ing Dynasty China", *The Journal of Asian Studies*, vol. 46, n° 1 (Feb., 1987), pp. 7-35.

³² Chen Shigong. 詳訂外科正宗 : [12卷] / *Xiang ding wai ke zheng zong* : [12juan]. Jingdu : Shan cheng dong ji, Qianlong yi si [1749]. 6 vols. (folios dobles): ill. ; 25 cm.

³³ Chen Shigong. 重訂外科正宗 : 十二卷. *Chong ding wai ke zheng zong* : *shi er juan*. [China : s.n., período de la dinastía Qing, entre 1785 y 1824]. 1 v. ; 24 cm.

anterior y que basaba su práctica en lograr el equilibrio del *ki*, la energía vital, en el cuerpo humano. El fundador de esta escuela fue Gotō Konzan en el siglo XVII, de quien fue discípulo Kagawa Shūtoku, quien rechazó muchos principios de la práctica médica clásica. Ambas escuelas, sin embargo, se reconocían como deudoras del *kampō* y compartían como manual el *Shang han lun*, de Zhang Zhong Jing (c. 115-218). Para unos y otros fue también lectura obligada el *Wai k'o cheng tsung*. No en vano, tras su primera edición en China (1617), sabemos que se imprimió en el país de Yamato en 1663, y de nuevo (al menos) en 1742 y 1744. En algunas fuentes consultadas se cita una primera edición todavía más anterior, impresa en 1633 con el título de *Horansha zohan*. Sea como fuere, lo cierto es que cuando a fines del siglo XVIII el médico palatino y reputado acupuntor Ogino Gengai emprendió una nueva edición (siempre en chino, el lenguaje científico en Oriente al igual que el latín lo era en Europa), no lo hizo porque fuera difícil de encontrar la obra en Japón, o porque fuera una novedad. Hubo otras razones que desglosaremos a continuación.

Para ello debemos acercarnos a la figura de su editor en 1791, Ogino Gengai (元凱 著), quien está considerado como uno de los más reputados cirujanos y acupuntores nipones del siglo XVIII. Nació en Kanezawa (provincia de Kawa) en 1737. Hijo de un médico, estudió esta disciplina con el maestro Okumura Ryochiku (1680-1760), en Fuchu, trasladándose después a Kyōto para ejercer su profesión. Allí fue pronto requerido por los ciudadanos acomodados, especialmente por *daimyos* y *kuges*, es decir, por los nobles ligados a la administración imperial y por los antiguos aristócratas que servían en palacio con cargos ceremoniales. Médico también de la noble familia Kiyohara, esto le permitió entrar al servicio de la familia imperial y del shogun. La vida palatina parece que propició el desarrollo en Gengai del perfil de un hombre interesado por el arte. Como han estudiado las profesoras Melinda Takeuchi y Anna Beerens, participaba junto con otros cortesanos de un selecto *convivium* literario y artístico. Cuando sólo tenía 28 años el pintor Taiga realizó para él unas vistas de Kyōto, la misma ciudad en la que publicaría décadas más tarde su versión del *Geka seiso*³⁴, y años más tarde él mismo aprendió el arte de labrar sellos, una práctica muy apreciada en Japón, y para cuyo aprendizaje tuvo como maestro al famoso artista Kō Fuyō³⁵.

Su formación tradicional basada en la medicina *kampō* no le impidió, entre los años 60 y 80, ser un testigo privilegiado del proceso de occidentalización de la medicina japonesa. No en vano, como uno de los principales médicos de la corte imperial, o *dairi* (donde sirvió cerca de treinta años), tuvo acceso directo a las novedades científicas que, a través de los holandeses, llegaban al país. Estos compartían con los mercaderes chinos el islote de Deshima, único punto de Japón donde podían residir los extranjeros. De los médicos que atendía a los mercaderes de la colonia neerlandesa Gengai aprendió algunas técnicas hacia 1760,

³⁴ Melinda Takeuchi. *Taiga's True Views. The Language of Landscape Painting in Eighteenth-Century*, Stanford University Press, 1992, y Anna Beerens. *Friends, acquaintances, pupils and patrons: Japanses intellectual life in the late eighteenth century: a prosographical approach*, Leiden University Press, 2006, p. 122.

³⁵ Anna Beerens. *Friends, acquaintances, pupils and patrons: op. cit.*, p. 122.

especialmente la de realizar sangrías. Fue el primer médico japonés en practicar este método occidental (de tan dudosa efectividad), y recogió la información al respecto en uno de sus primeros libros, *Shirakuhen* (1764), cuya difusión contribuyó en gran manera a su éxito en la corte imperial. Pocos años después siguió manteniendo un estrecho contacto con los europeos, pues es mencionado por Titsingh y Thunberg en los diarios de sus viajes, y siempre con gran admiración. El propio médico japonés, al parecer, llegó a aprender algo de holandés³⁶. El sueco Thunberg escribe sobre Ogino en 1776, recordando una conversación entre ambos sobre botánica:

“I had a private visit from the dairi's, or the ecclesiastical emperor's, body physician. He is about the middle age is Ogino Sahyoe le no Sakon (literalmente: miembro de la guardia oriental de palacio) ... He brought me several herbs, the most of them just gathered, the use of which he was very desirous of knowing, as well as of gaining some intelligence with regard to the cure of certain disorders. Our conversation was carried through an interpreter; but he was not a little surprised when once, in order to fix the name of a plant in his memory with the greater certainty, I wrote it down before his face in Japanese characters”³⁷.

Más íntima y amistosa fue la relación del médico con Isaac Titsingh, quien fue el jefe de la delegación japonesa de la *East India Company* varias veces, entre 1780 y 1794. Titsingh no sólo era un comerciante, sino que poseía una inusual educación clásica, fruto de su formación como médico. Conocedor del chino y del japonés, tuvo un extraordinario impacto cultural entre las elites culturales niponas. Amigo y confidente del suegro del shogun, Shimazu Shigehide, intentó dotar a Japón de una flota oceánica, sin éxito. Decepcionado por la incapacidad del país para aceptar los cambios, viajó a la India y se estableció en París, donde escribió sus memorias que aparecieron póstumamente en 1820 y 1822, en francés y en inglés. Gensai regaló a Titsingh un ejemplar del *Taitshū-en sōmoku-fu* (o *Álbum de las plantas y árboles del jardín de Taitshu*), hoy en la biblioteca de la universidad de Manchester³⁸. Se ha discutido el grado de aceptación que el propio Gengai mostró hacia las novedades médicas occidentales, englobadas bajo el nombre de *rangaku*³⁹. Sin embargo, al menos en estos años, parece demostrado su interés por conocer las novedades científicas que podían aportarle los galenos holandeses. Es más, uno de sus discípulos en Kyōto fue Shinnin Kawaguchi (1736-1811), quien recibió en 1770 permiso para realizar las disecciones de dos cadáveres siguiendo modelos europeos. Fueron unas de las primeras ejecutadas en Japón, y su maestro Gengai

³⁶ Según afirma Timon Screech en *Japan extolled and decried: Carl Peter Thunberg and the shogun's realm, 1775-1796*, Bristol : Timon Screech, 2005,

³⁷ Screech, Timon. *Secret Memoirs of the Shoguns: Isaac Titsingh and Japan, 1779-1822*. London, 2006, p. 295, nota 178.

³⁸ Screech, *Secret Memoirs of the Shoguns: op. cit.*, pp. 41-44.

³⁹ A modo de introducción en la materia: J. Z. Bowers, *Western Medical Pioneers in Feudal Japan*. Baltimore y London: The Johns Hopkins Press, 1970 y *When the twain meet: the rise of Western medicine in Japan*, 1980; H. Beukers et al (eds), *Red-bair medicine: Dutch-Japanese medical relations*, 1991; G. Achiwa, *Herman Boerhaave 1668-1738. His life, thought and influence upon Japanese medicine in the Period of Dutch Learning*, 1969; N. Takeo, *History of Japanese medicine in the Edo era - its social and cultural backgrounds*, 1991; Ranzaburo Otori, “The Acceptance of Western Medicine in Japan”, *Monumenta Nipponica*, 19, n.º. 3/4 (1964), pp. 254-274; y Michel Wolfgang, «Inner Landscapes». *Japans Reception of Western Conceptions of the Body*. Bonn : Japan Society for the Promotion of Science / Deutsche Gesellschaft der JSPS-Stipendiaten, 2000.

asistió a ellas, junto con otros siete discípulos⁴⁰. Fruto de esta labor fue la publicación en 1774 del *Kaitai shinsho* (o *Nuevo libro sobre la disección de los cuerpos*), un tratado de anatomía que fue ilustrado con estampas de clara procedencia europea (**Fig. 2**), tomadas del *Anatomischen Tafeln* (1732) de Johann Adam Kulmus, en la traducción de Sugita Genpaku (1733-1817) y de Maeno Ryotaku (1723-1803), si bien éste último, traductor oficial de holandés, no quiso que su nombre figurara en el libro⁴¹.



Fig. 2. Johan Kulmus. *Kaitai shinsho* (1774). Portadas y pp. 11-12: Imágenes procedentes de la [website](http://www.nlm.nih.gov/exhibition/historicalanatomies/kulmus_home.html) de la National Library of Medicine.

http://www.nlm.nih.gov/exhibition/historicalanatomies/kulmus_home.html.

Más adelante, Gengai abandonaría su interés por la medicina occidental, como se ha deducido de la lectura de su diario de viajes, titulado *Todo Sado-no-kami oshinki*. En éste recopiló una gran cantidad de notas acerca de los remedios que recetaba a sus pacientes, revelándonos una clara y casi exclusiva predilección por los remedios provenientes de la terapéutica *kampo*⁴². En el mismo sentido se orienta su edición del *Geka seiso* (1791), un clásico manual de medicina china. Más adelante veremos las razones de este giro en sus preferencias científicas. No fue la primera de sus publicaciones, ni tampoco la primera de sus ediciones comentadas de obras de autores continentales. Como ya hemos adelantado, en 1764 publicó un primer trabajo médico, el *Shirakuhen*. Cuatro años después se imprimió con sus anotaciones una edición comentada del *Chisokusai baika mujinzo* (Kyôto, Meiwa 5 [1768]). Su autor, el médico japonés Tokuhon Nagata (1513-1630), fue una de las figuras más reconocidas de la escuela religiosa o secta *Misogi-kyo*, a la que Gengai parece que se consideraba ligado. Debe destacarse que esta impresión fue acometida por Hayashi Ihe, un

⁴⁰ Vid. Junjii Kawashima, *Doi-han rekidai ran'i Kawaguchi-ke to Kawaguchi Shinnin. Kindai bungeisha*, Tôkyô, 1989; RS. Tubbs, M. Loukas, D. Kato, MR. Ardalán, MM. Shoja y AA. Gadol, "The evolution of the study of anatomy in Japan", *Clinical anatomy* (New York). 4 (22) (mayo de 2009), pp. 425–35. Y Carel Coenraad Krieger, *The Infiltration of European Civilization in Japan During the 18th Century*. Leiden : E. J. Brill, 1940.

⁴¹ Vid. Sobre esta obra los trabajos de Takashina Shūji, Yōrō Takeshi, Haga Tōru, et al. *Present Day in the middle of Edo – Akita Dutch Pictures and "Kaitai Shinsho"*, 1996, y de Lukacs, Gabor, *Kaitai Shinsho, the single most famous Japanese book of medicine & Geka Sōden, an early very important manuscript on surgery*. Goy-Houten : Hes & De Graaf publ., cop. 2008. Edición comentada del *Kaitai Shinsho*, traducción chino-japonesa de la *Tabulae anatomicae*, de Johann Adam Kulmus, y del *Geka Sōden*, de Tokitoshi Narabayashi (también conocido como Narabayashi Chinzan).

⁴² Heidrun Reissenweber, "Medicine Shifting Towards Westernization in Late 18th Century Japan? A Practitioner's View: Evidence From Ogino Gengai's Patient Records". En prensa.

librero a quien encontraremos citado como uno de los impresores del *Geka seiso* en 1791. En 1769 Gengai publicó el *Un ekiron*, una edición del tratado médico chino conocido como *Wen yi lun*, de Youxing Wu (c. 1642)⁴³. Este trabajo constituye, sin duda, el precedente intelectual más evidente de su posterior edición de la obra de Chen Shigong. Un año después volvería a ver impreso su *Shirakuhen*, impreso en Kyôto por Hayashi Gonbei, a quien también veremos participando en la edición del *Geka seiso*⁴⁴.

Ésta obra, sin embargo, tardaría más de veinte años en ver la luz. Como fue precisamente durante estas décadas cuando Gengai participó de la creciente occidentalización de la medicina japonesa (como evidencia la publicación en 1774 del *Kaitai shinsho*), pudiera suponerse que su edición se vio influida por tal corriente médica, pero no es así. Gengai se apartó prudentemente de esta línea, abanderada por algunos de sus propios discípulos. Quizá por ello no sorprende que su edición del *Geka seiso* se ilustrara con grabados cortados en un estilo deliberadamente arcaico, imitando los modelos anatómicos chinos ancestrales. Tal actitud puede atribuirse a su tradicionalismo médico, pero lo cierto es que la práctica profesional de Gengai, que puede calificarse como ecléctica, no tuvo tanta importancia en esta decisión formal como el propio carácter clásico de la obra reeditada. Debe tenerse en cuenta que el *Geka seiso* era un libro bien conocido por los lectores de su época. Impreso en 1633, 1663, 1742 y/o 1744, en la época era utilizado como un manual básico en la formación de los estudiantes nipones de medicina. En cierta manera puede compararse con la *Opera* de Galeno, reiteradamente impresa en Europa desde principios del siglo XVI en ediciones universitarias, cuyos comentarios reputaban a sus editores como excelentes médicos, pero que no aportaban grandes novedades en cuanto a sus ilustraciones. Haber impreso el *Geka* con estampas a la europea habría desconcertado a unos lectores que lo adquirirían como un tratado médico representativo de la escuela *kampô*.

Pero existió otro motivo para dar una apariencia de arcaico facsímil a la nueva edición. Como el mismo Ogino explica en el prefacio (denominado en japonés *Jo* 序, o *jobun* 序文), su publicación en 1791 del *Geka seiso* venía determinada por la destrucción de las tablas de impresión de la “vieja edición” (se refiere a la de 1663), perdidas a causa del gran incendio que afectó a la ciudad de Kyôto en 1788. Éste se inició a las tres de la mañana del día 6 de marzo y creció de manera descontrolada durante cuatro días, hasta que la lluvia debilitó la fuerza de las llamas. Gran parte de la ciudad fue arrasada, y entre los edificios quemados estuvo el propio palacio imperial. Las llamas destruyeron también muchos de los almacenes en que decenas de impresores depositaban sus preciadas colecciones de tablas. En su esmerada conservación

⁴³ Youxing Wu; Ogino Gengai; [台州荻先生校正]. 荻野元凱, ; 477 p. ; 22 cm. Existe una edición facsímil: 温疫論 / *Un ekiron*. To kyo : Shuppan Kagaku So go Kenkyu jo, Showa 55 [1980], 477 pp.

⁴⁴ Ogino Gengai, *Shi ryakuben*. Heian (i.e. Kyoto) : Hayashi, Gonbei, 1770. 4,24, [1], 3 l. (hojas dobles) illust. 26 cm. Citamos por el ejemplar conservado en la Biblioteca de la Universidad de California (UCLA), Libraries and Collections, Biomed History and Special Collections Cage, Call Number: AC9 .WBC O34s 1770.

había residido en gran parte la pervivencia material de la cultura religiosa, científica y literaria nipona. El incendio de la urbe supuso, por tanto, un desastre cultural de enormes proporciones. Se comprende que en la década posterior a esta catástrofe se tratara de recuperar tan importante legado literario y científico; y es en esta línea de actuación general cómo debe enfocarse el propósito de Ogino Gengai por reeditar un manual médico clásico. Esto explica que actuara con sumo respeto en su edición, limitándose a reproducir el texto original chino. Sólo se permite añadir las marcas de lectura en japonés (al lado de muchas de las palabras) y sus propias anotaciones o enmiendas en las cajas situadas sobre el texto en el margen superior, para facilitar la lectura del mismo y actualizarlo en la medida de lo posible.

Ahora bien, en esta reedición se percibe además un impulso político. No en vano, ésta se produjo en un contexto político y social muy relevante. Sólo un año antes, en 1790, Gengai había sido llamado a la ciudad de Edo para curar al shogun⁴⁵. Este episodio de su trayectoria profesional fue especialmente celebrado, y sospechamos que pudo tener una estrecha relación con la publicación del *Geka seiso*. El incendio de Kyôto no fue un desastre aislado, sino la conclusión de un largo período de catástrofes. En 1783, tras una virulenta erupción del monte Asama, se produjo una gran carestía de alimentos, que devino en una larga hambruna hasta 1787. Ésta, a su vez, produjo una inevitable sucesión de epidemias, incendios urbanos y saqueos populares. Se extendió la sensación colectiva de que las divinidades mostraban así su disconformidad con las reformas económicas emprendidas desde el gobierno por Tanuma Okitsugu. Éste se vio obligado a dimitir tras varias revueltas en Edo, Ôsaka y otras grandes ciudades (1787). Se produjo un período de vacío de poder, hasta que dos años después el gobierno fue encomendado a Matsudaira Sadanobu. Promotor de las denominadas como “reformas Kansei” (1789-1801), Sadanobu logró restaurar el orden, revitalizar la economía y robustecer a la maltrecha sociedad nipona tras años de epidemias y hambrunas, pero fue algo más que un buen administrador. Como firme admirador del pensamiento filosófico del erudito chino Chu Hsi (1130-1200), consideraba que todo gobernante debía basar su conducta sobre los principios morales del Confucianismo. Consecuente con esto, a mediados de la década de 1790, el gobierno del shogun, o *bakufu*, prohibió la enseñanza de otras escuelas que no fuera la Chu Hsi⁴⁶, promoviendo el retorno a los ideales originales del Confucianismo. En estas circunstancias, se comprende el interés político por recuperar el *Geka seiso* de Chen Shigong, quien había establecido como la primera de sus diez exigencias que todos los médicos debían conocer los principios morales derivados del pensamiento de Confucio, para así poder desempeñar su labor de manera correcta.

⁴⁵ Suceso citado por Timon Screech en *Japan extolled and decried: Carl Peter Thunberg and the shogun's realm, 1775-1796*, Bristol : Timon Screech, 2005, p. 295, nota 177.

⁴⁶ Conrad Totman, *Politics in the Tokugawa bakufu, 1600-1843*. Cambridge: Harvard University Press, 1968, y Maruyama Masao, *Studies in the Intellectual History of Tokugawa Japan*, Tokio : Tokio University Press, 1974. Una excelente síntesis de la influencia literaria del confucianismo en Japón, por Carlos Rubio, *Claves y textos de la literatura japonesa. Una introducción*, Madrid : Cátedra, 2007, pp. 113-124.

No cabe duda de que la difusión del *Geka seiso* fue muy apreciada en la corte imperial. Es más, parece que fue poco después de su publicación cuando Gengai recibió el título de Médico Extraordinario de Palacio (*ten'yaku tai'in*) y de *shoyaku* (Gran Maestro de Medicina)⁴⁷, pues sabemos que entre 1794 y 1797 trató a varios miembros de la familia imperial, con especial éxito. Su envidiable posición palatina y profesional evidenciaba el apoyo del nuevo gobierno a la escuela médica tradicional frente a las novedades occidentales introducidas a través de la escuela *rangaku*. Los desastres de la década anterior habían convencido de la necesidad de reforzar las tradiciones seculares niponas. La protección del *bakufu* a Gengai se explicitó todavía de manera más evidente en 1797, cuando, tras ser invitado a Edo, fue recibido en audiencia por el propio shogun Tokugawa Ienari (1773-1841), e impartió lecciones en la academia Seijukan. Esta afamada escuela de medicina había sido trasladada por el shogun desde Yokohama a Edo, con el propósito de convertirla en la institución oficial que impartiera esta materia en Japón. Bajo la dirección de Taki Gentoku, no sorprende que las enseñanzas allí impartidas estuvieran a fines del siglo XVIII en la línea de la medicina tradicional chino-japonesa. Es más, sólo algunos años antes, el propio shogun Ienari había encomendado al citado Gentoku la publicación de un manual profesional, el *Kaiho*, o *Geka chohoki* (Osaka, Temmei 5, 1785), que en muchos aspectos puede considerarse como la “pareja” académica del *Geka seiso* impreso pocos años después.

En 1798, sin embargo, se renovó el interés por la medicina occidental. En dicho año Otsuki Gentaku completó una segunda edición del *Kaitai Shinsho*, y durante los años siguientes se produjo una acelerada intensificación en Japón de los estudios *rangaku*, hasta el extremo de que, en ese periodo, se establecieron doce escuelas privadas de enseñanza de medicina occidental en Edo, Kyôto y Osaka. Sólo cinco años después de la muerte de Gengai, en 1811, Gentaku formó parte del primer consejo del *Ranshoyakkyoku*, u “Oficina para la Traducción de los libros holandeses”, y unos años después, en 1828, se publicaba el *Oranda Yakkyo*, *Espejo de medicinas holandesas*, que fue el primer libro japonés sobre farmacología europea. El antiguo tratado de Chen Shigong, sin embargo, no volvió a ser publicado durante el resto del siglo XIX. Su más bella edición, la de 1791, fue también la última.

3. Descripción material y explicación de sus particularidades bibliográficas

Cuando muestro a colegas o alumnos algunos de mis ejemplares, chinos, japoneses o mongoles, lo primero que me suelen preguntar es si yo soy capaz de leerlos. Puede que el idioma parezca el obstáculo más evidente, aderezado por la utilización de un sistema de escritura ideográfico, pero en la práctica no se trata de una dificultad muy distinta a la que, en la actualidad, muchos lectores experimentan ante un libro antiguo occidental, impreso en latín o en griego. ¿Acaso la mayor parte de nosotros somos capaces de leerlos? De manera

⁴⁷ Anna Beerens. *Friends, acquaintances, pupils and patrons: op. cit.*, p. 122.

soslayada, tal labor se la hemos asignado a latinistas y helenistas, ante la evidencia de que su contenido ya no resulta de interés práctico en nuestra época. En realidad, nos limitamos a localizar portadas, pies de imprenta, preliminares y colofones, que después reproducimos con esmero en catálogos, repertorios y tipobibliografías. Pero el manejo para un europeo de un libro antiguo oriental ofrece no sólo dificultades lingüísticas. Un nuevo ejemplo, las mismas personas que me interrogan incrédulas sobre mi pericia lingüística, cuando toman en sus manos por vez primera un libro antiguo oriental, acostumbradas a otra relación física con los libros, lo abren al revés o, al cabo de un rato hojeando sus páginas, preguntan con sorpresa si el ejemplar está intonso. Yo mismo he sido uno de ellos.

Por ello, una vez descrito el *Geka seiso* como un objeto intelectual, y analizadas las causas de su renovada actualidad en el Japón de 1791, parece conveniente que también lo estudiemos como un objeto material, aplicando (como a cualquier otro libro antiguo) los principios de la bibliografía material elaborados por Gaskell y Bowers⁴⁸. La escuela anglosajona de bibliografía advirtió que no puede describirse un libro antiguo sin atender a sus características como el producto de una elaboración artesanal. Para ello estableció unos principios hoy plenamente admitidos, distinguiendo entre libros producidos a través de la imprenta artesanal o por medio de la imprenta industrial. Ahora bien, esta distinción se hizo desde una óptica completamente occidental, y un impreso antiguo oriental no se puede ajustar a este modelo. Y esto no sólo porque su elaboración xilográfica se aleja en numerosos aspectos de la impresión tipográfica occidental, sino porque al mismo tiempo, no ya los términos empleados, sino la propia concepción y manejo del libro, son muy diferentes. Ésta es la razón de que consideremos necesario preciso reconstruir cómo fue el proceso de impresión del *Geka seiso* en 1791, para poder analizar sus particularidades materiales, de las que no son más que una consecuencia de lo anterior. La descripción de estos procedimientos la realizaremos con el propósito de ir relacionando cada una de ellos con nuestro ejemplar complutense. Y lo haremos en consonancia con los principios de la bibliografía material, pero no pensando sólo en que su catalogación debe realizarse atendiendo a su producción específica, sino sobre todo en un lector no habituado a manejar ejemplares antiguos orientales. Creemos que de este modo, el propio libro adquiere toda su dimensión como testimonio histórico, permitiéndonos, a través de sus hojas, conocer los fundamentos materiales e intelectuales del libro antiguo oriental.

En aras de este objetivo, deberemos ahora abandonar la corte del shogun en Edo para adentrarnos en las calles de Kyôto, buscando, en esta nueva etapa de nuestro viaje, el taller en el que trabajaban Hayashi Gonbe, Hayashi Ihe y Takemura Kahe. Ellos fueron los impresores a

⁴⁸ Sus referencias bibliográficas son bien conocidas, nos limitamos a tres, en ediciones diferentes: Philipp Gaskell, *A New Introduction to Bibliography*. Oxford : The Clarendon Press, 1972; Ronald B. McKerrow. *Introducción a la bibliografía material*. Madrid : Arco Libros, 1998; y Fredson Bowers, *Principios de descripción bibliográfica*. Madrid : Arco Libros, 2001.

los que Gengai encomendó su edición del afamado tratado médico chino de Chen Shigong. En el colofón del *Geka seiso* (**Fig. 3**) se especifican sus nombres y su intervención en la publicación: “Koto [Kyôto] : Hayashi Gonbe : Hayashi Ihe : Takemura Kahe hatsuda, impreso en Kansei shingai [1791] shinsen. / 皇都 : 林權兵衛 : 林伊兵衛 : 武村嘉兵衛發兌, 寛政辛亥 [1791] 新鑄.” Con dos de ellos había colaborado previamente Gengai. Ihe ya había publicado en 1768 su citada edición del *Chisokusai baika mujinzo*, de Tokuhon Nagata, y Gonbe fue el impresor que realizó la reedición en 1770 de su *Shirakuhen*. Hayashi Gonbe y Hayashi Ihe estuvieron activos en la ciudad de Kyôto entre 1761 y 1800, el uno, y entre 1769 y 1808, el otro. Takemura ejerció como impresor entre 1739 y 1791. La colaboración entre impresores no era infrecuente en Japón, pero en este caso revela la importancia que se otorgó a la publicación de un libro que venía precedido por la protección gubernamental. Desde las primeras décadas del siglo XVIII en Kÿoto se había ido concentrando un gran número de impresores, atraídos por las expectativas de negocio que presuponía la activa vida comercial, política y cultural de la urbe. Fue en esta época cuando la imprenta xilográfica alcanzó en Japón un elevado nivel, tanto técnico como artístico, equiparable al de China, e incluso superior al de ésta en algunos aspectos. En Japón los libros ilustrados se introdujeron en el siglo XVI, pero no sería hasta 1730 cuando los impresores logran un gran desarrollo artístico en este sentido, superando a sus modelos chinos⁴⁹. Gengai, quien se había asentado desde el principio de su carrera profesional como médico en la urbe, había asistido a este desarrollo editorial, y fue en esta ciudad donde publicó sus primeras obras. Él mismo, por su afición al tallado de sellos, es muy probable que se sintiera directamente vinculado con otros profesionales del tallado, los entalladores de tablas xilográficas para la impresión, denominados *horishi* en japonés.

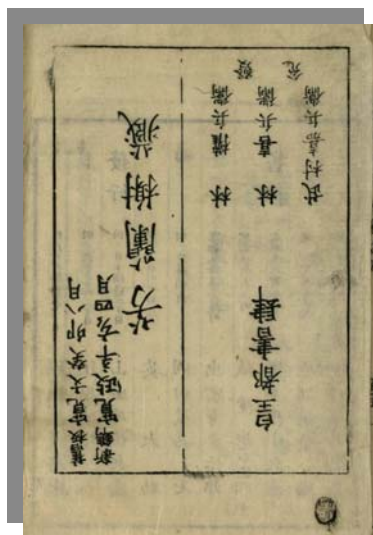


Fig. 3. Colofón del *Geka seiso* (1791). El texto aparece invertido.

⁴⁹ Sergio Navarro Polo, “Breve historia del libro ilustrado en Japón”, en *Flores de Edo, samuráis, artistas y geishas. Grabados y libros japoneses de la Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes*. Madrid : Editorial Complutense, 2004, pp. 55-59.

Una de las primeras decisiones que Hayashi Gonbe, Hayashi Ihe y Takemura Kahe tuvieron que tomar fue la de escoger un papel adecuado para la edición encargada. Se inclinaron, como ya era costumbre, por uno de los papeles tradicionales japoneses, denominado *washi*. Éste se elaboraba con diversas fibras de arbustos, visibles en su trama, pero que le proporcionaban una extraordinaria resistencia y finura a las hojas, hasta el punto de parecer casi translúcidas. Una circunstancia que es apreciada de inmediato por el lector occidental, habituado a otros papeles (“de trapos” en la época moderna), más gruesos. En Europa resulta habitual denominar a este tipo de papel bajo el nombre genérico de *rice paper*, o papel de arroz, utilizando un término acuñado por los ingleses para referirse al papel chino. Sin embargo, debe advertirse que la mayor parte de los papeles orientales no se fabrican con fibra de dicho cereal, sino con cortezas de diversos arbustos. La gran calidad de este papel japonés ha hecho que en la actualidad sea muy utilizado en labores de restauración de libros, tanto para reponer pérdidas de papel, como para fortalecer las hojas debilitadas. Se da así la paradoja de que muchos incunables o impresos antiguos europeos están sobreviviendo gracias al concurso de este excepcional soporte⁵⁰.

Su elección como soporte del *Geka seiso* en 1791 no se derivaba únicamente de su capacidad para soportar el desgaste del uso y del tiempo (aun cuando esto ahora nos resulta evidente al hojear sus páginas), sino por el tipo de impreso al que iba a dar soporte. Existían otros tipos de papel en Japón, de no menor resistencia, pero sí más gruesos. Por ejemplo, para la impresión de estampas de *e-ukiyo*, sueltas o en forma de álbumes, se utilizaba un tipo diferente, denominado *kozô* y fabricado con corteza de morera mezclada con fibra de bambú. Su mayor grosor venía determinado por los sucesivos procesos de impresión y de coloreado que el papel sufría para lograr su excepcional gama cromática. No menos grueso era el papel empleado para imprimir obras de contenido religioso, en especial los textos sagrados de Buda, pero en este caso esto no era debido a su esmerada ilustración artística (es más, casi todos carecen de ella), sino por su encuadernación tradicional en un formato de acordeón, u *orihon*. Este formato requería una gran resistencia del papel para ser plegado en el propio taller y después para ser desplegado por los lectores. En cambio, el *Geka seiso* ni era un libro artístico, ni tampoco religioso, se trataba de una obra científica, y para su impresión se seleccionó un papel *washi*, el habitual para la impresión de todo tipo de obras literarias, que además solían ser encuadernadas en un formato semejante al de nuestro códice, denominado *fukurotoji* en japonés, y en chino *xian zhuang*. Su plegado, que difiere notablemente del utilizado en Occidente, justificaba el uso del fino papel *washi*, no sólo porque se reducía el tamaño de unos libros que (a causa de la misma transparencia del soporte) no podían escribirse o imprimirse por ambas caras, sino también por su rápida absorción de la tinta. Tales

⁵⁰ Con papel japonés *sekishu* se ha restaurado en 2007 un mapa del siglo XIX en nuestra biblioteca. *Vid.* Minako Wada y Virginia Uriarte Padró, “La restauración de un plano del s. XIX, del edificio de la Universidad Central”, *Pecia complutense, Boletín de la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid*, año 4, n° 7 (2007). Consultable en <http://www.ucm.es/BUCM/foa/pecia/>

peculiaridades, como veremos, serían luego de gran utilidad en los procesos de impresión y de encuadernación.

En Japón la recolección de las fibras para fabricar papel se hacía durante los meses de invierno, y al tratarse de un producto vegetal, no eran ropavejeros urbanos y molineros los implicados en su manufactura, sino familias campesinas enteras, que hallaban así un modo de sustento. Existía una clara división del trabajo en estas tareas. De la recolección en el bosque se encargaba habitualmente los hombres, quienes seleccionaban la corteza de las fibras *kozo*, *gampi* o *mitsumata*, según el tipo de papel que deseaban producir. Esta decisión estaba en relación directa tanto con sus capacidades laborales como con la demanda que existiera en la ciudad. Una vez recolectadas, las ramas eran sometidas a un laborioso proceso de transformación en las casas o granjas familiares. Primero eran descortezadas, tarea que de nuevo realizaban los hombres y los niños, y después las fibras eran procesadas por las mujeres de la familia, quienes las recortaban y hervían en *lye* para eliminar los materiales no fibrosos y blanquearlas. Cada hoja requería varios baños en una tina. Los filamentos vegetales eran lavados, clasificados y despulpados, y luego se agregaba mucílago a la pulpa para producir una emulsión en la que se suspendían las fibras. Éstas eran después mezcladas con una sustancia llamada *neri*, para añadir cuerpo y fuerza al papel. Por último, las mujeres, como laurentes expertos, reunían a mano las fibras en una trama, y tras esto las hojas se presionaban para eliminar el exceso de agua y se separaban y se colocaban en tablas inclinadas de madera para su secado.



Fig. 4. Monja budista secando pliegos de papel. Estampa de Kuniyoshi Utagawa (1797-1861)(c. 1850). Colección del autor

Este delicado papel era un producto muy barato (a pesar de su gran calidad), pues al utilizarse para fabricar numerosos objetos de la vida cotidiana, como abanicos, paredes o puertas, la gran demanda había facilitado enormemente una comercialización muy asequible. Sabemos que la mayor parte del papel procedía de varias zonas de Japón, como Bitchu (actual Okayama), Kamigata (Osaka y Sakai), Echizen (Fukui), Musashi (Saitama), Hitachi (Ibaraki), Mino (Gifu) y Edo (Tôkyô), por lo que era comercializado sin dificultad alguna. Su obtención

para imprimir el *Geka seisō* no fue un problema, y es muy probable que el papel estuviera ya almacenado en el taller de los impresores cuando Ogino Gengai les propuso imprimir aquel tratado médico.

Pero sí lo fue la composición xilográfica del mismo. Y ello no sólo porque, sin duda, ésta fuera la parte más laboriosa de su producción, sino porque, en principio, no tenía porqué haberlo sido. Como ya sabemos, en Oriente se impuso la impresión “tablearia”, y esto a pesar de que desde el siglo XIV, en China y en Corea, se imprimieron libros utilizando tipos móviles metálicos. Sólo uno de ellos se ha conservado, e *Jik Ji Sim Che Yo Jeol* (1377), publicado en Corea. Sin embargo, el alto coste en dinero y en tiempo de la técnica tipográfica oriental favoreció que los libros se produjeran a través de una técnica netamente xilográfica (ideada siglos atrás), que consistía en cortar las planas de los libros (texto e ilustraciones) en tablas de madera. Su tallado no era tan laborioso como nos pudiera parecer, y aunque las letras no podían ser ni pequeñas ni completamente regulares en su forma, los artesanos orientales dedicados a este menester fueron tan hábiles que minimizaron dichos inconvenientes. La madera para las tablas de impresión procedía de una variedad de cerezo silvestre, el *shiboku*, abundante en la península de Izu, cerca de Edo, pero también se podían obtener de la camelia (*tsubaki*), el boj (*tsuge*) y el sauce (*yanagi*). El proceso de fabricación de las tablas es descrito en el *Wakan Sansai Zue* (和漢三才図会), obra publicada por Terajima Ryouan entre 1712 y 1713 (Fig. 5 y 6). Considerada como la primera enciclopedia que se imprimió en Japón, reproducimos de la misma dos grabados. En uno de los volúmenes, el 7, dedicado a los oficios existentes en la época, podemos ver trabajando a varios artistas, siendo el último a la izquierda un *horishi*. En otro volumen, el 15, donde se aborda las técnicas de la escritura y de la producción de libros, se reproducen los cinceles y cuchillas utilizados en el entallado de las tablas.



Figs. 5 y 6. *Wakan Sansai Zue* (1712-13 / 1926). Colección del autor.

Antes de ser cortado el texto, y las ilustraciones en su caso, las tablas de madera eran sometidas a un cuidadoso proceso de preparación que, incluía, por ejemplo, su inmersión en agua marina durante cierto tiempo, para lograr que fueran resistentes a la humedad y no se

combaran tras reiterados entintados durante la estampación. Una vez acabado el proceso de impresión, las tablas no eran destruidas, lógicamente, sino que se guardaban en almacenes. De este modo era posible la reimpresión de los libros sin necesidad de realizar nuevas tareas de entallado o de composición (**Fig. 7**). Ésta es la razón de cada nueva edición (técnicamente una reimpresión) fuera idéntica a la anterior excepto en la portada, el prefacio o el colofón. Es más, si seleccionamos estas imágenes no es sólo por su relación con el proceso de impresión xilográfica en Oriente, sino por el hecho de que el ejemplar de nuestra colección constituye una reimpresión de la edición del *Wakan Sansai Zue*, ejecutada mucho más tarde, en Taisyo-15 (1926). Al emplearse las antiguas tablas de la edición publicada en Shotoku-3 (1713), en nada se diferencia de la original⁵¹. Este método de impresión tenía un solo inconveniente: se dificultaba la introducción de correcciones o el añadido de nuevos capítulos. Mas para esto se desarrolló la técnica denominada *umeki*, en la que se reemplazaban en el bloque de madera parte de los textos, ya fuera para su corrección o censura, ya fuera para restaurar su relieve deteriorado. En Europa, en cambio, la técnica tipográfica empleada desde Gutenberg obligaba a hacer nuevas composiciones del texto si se deseaba hacer una nueva edición. Sólo la invención de la estereotipia a finales del siglo XVIII, y su aplicación industrial en la centuria posterior, permitieron reproducir ediciones de una manera semejante a como se venía haciendo en Oriente desde diez siglos atrás.



Fig. 7. Un ejemplo de tabla xilográfica japonesa, de fines del siglo XVIII o inicios del XIX. Colección del autor

Sin embargo, en 1791 la pérdida de las tablas originales del *Geka seiso*, talladas en el siglo anterior, obligó a realizar de nuevo todo el trabajo desde el principio. Esto requirió una gran inversión en tiempo y en dinero. Había varios métodos para cortar el texto de un libro sobre una tabla. En un principio, consideramos como muy posible que el utilizado para reproducir el antiguo *Geka seiso* no fuera otro que el de encuadernar un ejemplar de la

⁵¹ Esta circunstancia debe tenerse en cuenta al adquirir libros japoneses antiguos en el mercado anticuario, pues, ya sea por malicia o error del vendedor, el ejemplar comprado puede ser, en realidad, una reimpresión del siglo XX.

edición de 1663, o de otras posteriores, impresas en el mismo siglo XVIII (en 1742 o 1744), para trasladar su contenido a nuevas tablas. A esta técnica se la denominaba *kabusebori* (被彫) y el resultado final se asemejaba, como decimos, al de un facsímil. Puesto que, como el propio Ogino reconoce, las tablas originales se habían perdido, no pudo utilizarse la técnica arriba citada del *umeki*, y sí la del *kabusebori*. Con ésta no era necesario acudir a un calígrafo o copista (*hanshitagaki*) para que realizara una copia en papel del manuscrito original, o *nasita*, sino que bastaba con entregar al grabador de tablas, u *horishi*, los pliegos de un ejemplar impreso anterior. Para trasladar el texto y sus ilustraciones sobre madera debía barnizarse en primer lugar la superficie de la tabla con pasta de arroz. A continuación se pegaba el papel, invertido, sobre la madera, presionando de manera uniforme con un mazo de cuero. Una vez terminada esta labor, el grabador, con un cincel, un punzón y varias cuchillas, cortaba el texto siguiendo la plantilla que el papel pegado le ofrecía. Recordemos que el papel *washi* es casi translucido, semejante en esta cualidad a nuestro papel “cebolla”, por lo que a un entallador experto no le era difícil trabajar con esta técnica. Este método, obviamente, implicaba la destrucción de los pliegos, horadados por el entallador, pero suponía la fijación definitiva del texto y su reproducción múltiple durante décadas. La técnica era idéntica, por otra parte, si lo que se le hubiera proporcionado para trabajar hubiera sido un manuscrito. Lógicamente, cortaba el texto en negativo, colocando el papel al revés para lograr la posterior impresión del mismo en positivo.

Ahora bien, como la finalidad de la nueva edición del *Geka seiso* en 1791 no era únicamente la de ejecutar una reimpresión, sino que la ocasión se aprovechó para actualizar su contenido con los comentarios de Gensai⁵², hubo que optar por dos opciones: unir en el nuevo “original de imprenta” los pliegos de una edición vieja con los nuevos pliegos manuscritos con las anotaciones de médico palatino, o copiar a mano todo el texto de nuevo. Tras comparar el texto resultante de la edición del siglo XVIII con un ejemplar de la edición de 1663, que se conserva en la biblioteca de la universidad de Waseda⁵³, hemos llegado a la conclusión de que el modelo escogido fue el segundo, pues existen demasiadas divergencias en la composición del texto. La primera diferencia la encontramos en la inexistencia de una portada en el ejemplar del siglo XVII (que denominaremos a partir de aquí como *Geka 1663*). En éste el título se integra al inicio del cuerpo del texto, en la primera columna de la hoja doble inicial, “sangrado” (**Fig. 8**). En cambio, en la edición de 1791 (o *Geka 1791*), esta información, junto con la del autor y editor se ofrece de manera destacada en un sencillo frontispicio labrado *ex profeso* e impreso en una hoja doble inicial, sin numerar, que encontramos pegada sobre la cubierta interior de la tapa. Este mismo pliego, en la edición de 1663, sirvió únicamente como hoja de guarda. Dividida esta portada en tres columnas, en la primera, siempre según el orden de su

⁵² A partir del folio 3v del primer capítulo podemos encontrar las notas insertada por Ogino. Estas notas no se situaban a pie de página, sino en el margen superior, enmarcadas dentro de un recuadro.

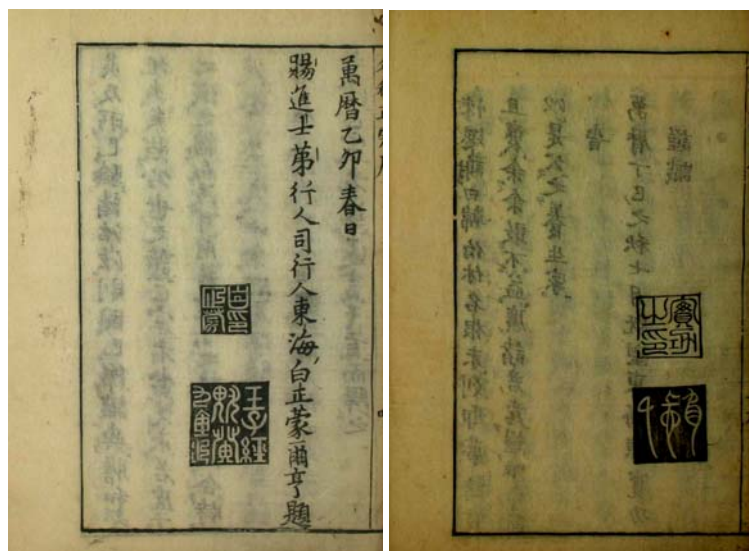
⁵³ Disponible en copia digital. Call N°: 09 00238. Accesible a través del enlace (a 23 de noviembre de 2009): http://www.wul.waseda.ac.jp/kotenseki/html/ya09/ya09_00238/index.html

lectura para un japonés, encontramos el nombre de su autor, el médico chino Shigong Chen (台州菽先生校正); Y en la segunda, o central, en letras de mayor tamaño, podemos leer el título *Geka seiso* (外科正宗) (Fig. 9).



Figs 8 y 9

Las diferencias se acumulan en el resto del volumen. En la edición “dieciochesca” tanto la caja del texto como las columnas del mismo se enmarcan por medio de filetes, mientras que en la edición anterior sólo la caja recibe este procedimiento de enmarcado. Y si se observa la caligrafía de uno y otro libro, hay leves diferencias de estilo. Parece lógico, habiendo transcurrido más de cien años entre ambos, y sobre si tenemos en cuenta que los tres primeros folios constituyen el prefacio redactado por Ogino (con numeración independiente). En cambio, a partir del folio que podríamos denominar como 1bis de la edición de 1791, aunque se sigue con mayor claridad la caligrafía de la edición de 1663, la composición termina siendo muy diferente, pues la caja del ejemplar antiguo se divide en seis columnas, y la del posterior en siete, y en la una contamos 14 o 15 caracteres por columna, y en la segunda 13. Sí se reproducen en cambio los mismos sellos en tinta negra que hallamos en el ejemplar complutense del *Geka seiso* (folio 4bis verso), y que ya aparecen en el ejemplar de la universidad de Waseda, en el folio 4 verso (Figs. 10 y 11). Circunstancia que acaece de nuevo, en otras dos ocasiones en los preliminares del *maki* o volumen I. Como ya hemos dicho, Gengai cultivó el arte de grabar sellos, una práctica muy apreciada en Japón. Y esta perspectiva personal, como entallador en madera de dichos sellos, junto con sus experiencias editoriales previas, es posible que se vertieran de alguna manera en el proceso de tallado xilográfico de su edición del *Geka seiso* en 1791. ¿Talló él mismo los sellos que aparecen en el volumen, copiando los antiguos?



Figs. 10 y 11.

A partir de la inclusión del índice de contenidos de la obra, las columnas se vuelve a la foliación 1 y el número de columnas se amplía a 9 (*Geka 1791*). El reinicio de la foliación aparece también en el *Geka 1663*, pero, en cambio, las columnas se aumentan a 10. Terminado este índice, se suceden los diferentes capítulos de la obra, una vez más reiniciando la foliación y manteniendo las 9 columnas, si bien el entallador plasmó un cuerpo de letra algo más pequeño, cuya compresión permite insertar dos caracteres juntos a la vez. Los “encabezados” mantienen, sin embargo, el mismo cuerpo para distinguirse con claridad por el lector. También en la edición del siglo XVII se reduce el cuerpo de letra, se renumera la foliación y se mantienen dos tamaños de letras, pero el texto se aprieta en 16 o 18 columnas, sin espacio para plasmar dos caracteres a la vez. Más significativa a este respecto es la comparación entre las ilustraciones xilográficas de ambos ejemplares. Aunque hay una similitud notable en las 36 ilustraciones, copiadas de manera casi exacta en la edición de 1791, lo cierto es que en la edición antigua la primera estampa comparte plana con el final del texto del capítulo precedente, mientras que en la “moderna” impresión comentada por Gengai las ilustraciones forman un “cuadernillo” independiente del texto; y además el orden de los dibujos (aunque muy parecido) no siempre es el mismo, apareciendo incluso alguna figura que mira al lado contrario. Dos de las ilustraciones de pacientes en espera de tratamiento son de especial interés: el duodécimo, de un hombre con un ántrax en la rodilla izquierda, que se percibe y se ilustra como un rostro humano, y el trigésimo segundo, de una mujer con un cáncer en el pecho derecho. En todo caso, sobre la semejanza de los motivos iconográficos el lector puede juzgar por sí mismo a través de las siguientes figuras:

Edición de 1663



Edición de 1791



Edición de 1663



Edición de 1791



Edición de 1663



Edición de 1791





En definitiva, las diferencias son tan notables en el texto que resulta evidente que no se utilizó como modelo o plantilla un ejemplar de la edición de 1663. El resultado final difiere notablemente del método *kabusebori*. Como no hemos manejado ejemplares de las ediciones de 1742, desconocemos si, en realidad, Gengai se refiere a las tablas procedentes de esta *han*, algo más cercana, pero sospechamos que puede ser así, pues recordemos que en 1990 la Universidad de California desestimó adquirir el actual ejemplar de la colección Francisco Guerra porque ya poseía entre sus fondos uno de 1742 ¿Se debía a que la edición de 1791 sí era una edición *kabusebori* de aquella, y no de la de 1663?

Una vez cortadas, las tablas pasaban a un impresor o *surishi*, quien las entintaba e imprimía con un pincel y con el *baren*, un tampón circular que era utilizado para la estampación. El proceso de estampado era muy rápido. Comenzaba con la realización de unas primeras pruebas que servían para corregir errores en el texto o para comprobar la correcta altura del relieve en los signos entallados. La primera revisión era de carácter intelectual, y de ella debió encargarse Gengai; la segunda era técnica y hubo de acometerse necesariamente en el taller de imprenta. Las tablas con errores eran devueltas al entallador, cortadas de nuevo y devueltas a los impresores finalmente. En este proceso de revisión no se escatimaba en gastos. Por un lado, cuanto más depurado estuviera el texto, mayor utilidad y valor tendrían las tablas. Su perfecto corte no constituía un gasto, sino una inversión. Y por otro lado, podía “perdersé” tiempo en las revisiones previas, porque el posterior proceso de impresión era, como veremos, muy rápido. A diferencia de la técnica tipográfica europea, no era necesario manejar una prensa, ni tampoco era precisa la retirada de los pliegos. Bastaba con el concurso de dos operarios. Uno de ellos entintaba la tabla con una brocha, y el otro colocaba el pliego, presionándolo a continuación con el *baren*, una especie de almohadilla circular recubierta de cuero. Era suficiente la presión uniforme de éste a lo largo y ancho de toda la superficie para que la tinta trasladara al papel el texto cortado en la madera. No olvidemos que

el papel *washi*, sin necesidad de ser humedecido previamente, absorbe la tinta con gran facilidad. El pliego se retiraba de inmediato y volvía a repetirse la operación. Con el mismo entintado podían estamparse hasta dos o tres pliegos más, si bien la presión ejercida con el *baren* debía aumentar en cada ocasión. Después se repetía el proceso de entintado y de estampación hasta finalizar la tirada de la edición, denominada *han*.

Esta impresión manual, en la que la tinta y la presión no eran uniformes, podía dejar pequeñas diferencias entre un pliego y otro, especialmente entre el primero y el último, pero casi siempre eran menores, no afectando a la calidad del texto o de las ilustraciones. Puede observarse, por ejemplo, las leves desigualdades existentes entre la misma estampa xilográfica en estos dos ejemplares del *Geka seiso*. La primera imagen (**Fig. 12**) procede del volumen I, que fuera propiedad de Richard C. Rudolph, y que hoy se conserva en la *Wood Library-Museum of Anesthesiology*; la segunda se corresponde con la misma hoja de nuestro ejemplar complutense (**Fig. 13**). Sólo en el enmarcado se observa cómo la diferencia de presión ha estampando una línea discontinua en partes distintas de un mismo lateral, precisamente en aquel donde la presión manual con el *baren* se relajaba.



Figs. 12 y 13.

Cuando una tabla había recibido demasiadas capas de tinta se apartaba para ser lavada, pero mientras se secaba podía continuar la estampación de otra tabla. Además, la labor de estampación podía acelerarse empleando más operarios. El resultado final de esta labor fue la obtención de 437 tablas, tantas como hojas dobles tiene el *Geka seiso* en su edición de 1791. Cada tabla contenía el texto de una hoja doble, dividido en dos páginas cuya numeración, común para ambas, el artesano especificaba cuidadosamente en una cartela central vertical, junto con el título y el volumen respectivo a la que pertenecía.

Tras concluir de este modo la tirada prevista, los pliegos eran ordenados y encuadernados. Las formas de encuadernación más corrientes en Japón se denominaban

makimono, *orihon* y *fukurotoji*. Todas ellas fueron importadas desde China, al igual que la técnica xilográfica de impresión. El *orihon*, que necesita un papel de buena calidad, daba lugar a libros en un formato de acordeón, mientras que el *makimono* producía libros en formato de rollo. Más cercanos, al menos en apariencia, a nuestro formato códice son los libros *fukurotoji*, que es la encuadernación escogida para el *Geka seiso*. Consiste en la unión de las hojas por un solo lado, cada unas de ellas era doblada por el centro para formar una doble página, quedando la cara no impresa en el interior. Esto les da la apariencia, a ojos de un occidental, de tratarse de un volumen intonso. No es así, la finura del papel *washi* (en Japón) o *xuán* (en China) obligaba a este plegado. Esta circunstancia determinaba otra característica física de los libros antiguos orientales. Una vez plegados los pliegos se agrupaban en el volumen correspondiente y se encolaba el lomo, que quedaba sin cubrir; después se colocaban las tapas de papel acartonado y se agujereaban en cuatro puntos. A través de ellos se realizaba el cosido, que es muy sencillo. Casi siempre se encuadernan las obras en más de un cuerpo. Para nuestra mentalidad sorprende que el *Geka 1791*, que consta de unas 440 hojas dobles, tuviera que ser encuadernado en cuatro cuerpos, con poco más de 100 hojas en cada una de ellas. Esta peculiar fragmentación era una consecuencia tanto de la peculiar técnica de impresión y de plegado, como de un hecho material determinante. Al ser el soporte casi traslucido, no podía imprimirse o escribirse sobre él en ambas caras (de aquí su plegado hacia el interior), y en consecuencia los libros orientales sólo podían almacenar la mitad de información que un libro europeo en formato códice. A estas divisiones físicas se las denomina en Japón *satsu*, mientras que las divisiones internas (o capítulos) reciben el nombre de *hen* o *shû*, divididos a su vez, según el tipo de obra, en 5 o 10 *maki* o *kan*.

La encuadernación de nuestro ejemplar complutense parece ser la original. Está elaborada con varias capas de papel prensado, y ofrece un curioso acolchado interior, bellamente decorado con cenefas de flores con 8 pétalos. Pudiera tratarse no sólo de un motivo floral, sino de un símbolo más complejo, pues las flores cumplían en la cultura nipona una importante función en este sentido. No en vano, este procedimiento decorativo estaba reservado únicamente para libros a los que se otorgaba una categoría superior, o de lujo. Lo habitual es que las tapas fueran de color azul, sin ningún otro motivo decorativo (**Fig. 14**). Las tapas ilustradas con estampas de estilo *e-ukiyo*, tan vistosas y atractivas, son propias de un género de libros de bolsillo, el *e-iribon*, surgido con posterioridad, a lo largo del siglo XIX. Se trataba de novelas cortas, destinadas al consumo popular, comparables en cierta manera a los folletines europeos de la misma época. Se vendían por las calles, y este tipo de mercadeo determinó que sus impresores optaran por venderlos con tapas ilustradas e intensamente coloreadas (**Fig. 15**). A este respecto, la frugal apariencia del *Geka seiso* puede sorprender, pero era consecuente con el hecho de que los cuerpos que integraban una obra eran guardados en cajas plegables, sobrecubiertas que facilitaban su almacenaje, conservación y transporte. Eran estas cajas las que, si el dueño lo deseaba, presentaban una decoración, normalmente entelada, más rica o vistosa. Da la impresión, por todo lo dicho anteriormente,

que las cubiertas de nuestro ejemplar complutense, fueron elaboradas en el mismo taller de impresión, y que tanto Gengai como los impresores adoptaron una tipología de lujo como un reclamo comercial.

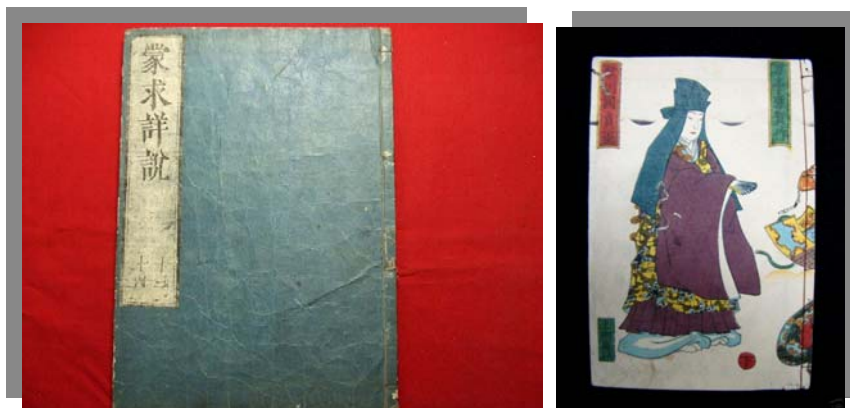


Fig. 14. Tapa anterior de una edición del *Mougyuu Shousetsu* (1683). Fig. 15. *Shaka Hassou Yamato Bunko* (1858) nº. 40. Ambos en la colección del autor.

Una vez encuadrados los ejemplares de la tirada de 1791, los libros se pusieron a la venta en Kyôto, inicialmente, y poco después en el resto de las grandes ciudades niponas. En casi todas ellas existían pequeños barrios, dentro de los mercados, destinados a librerías e imprentas, como ésta que podemos ver estampada en el *Tokaido Meisho Zue* (1797). Esta obra, una descripción del camino a Tokio, fue redactada por Rito Asikato (1780-1814), y en la ilustración figura una tienda abierta, donde se exponen a la venta libros y estampas de *e-ukiyo* (Fig. 16).

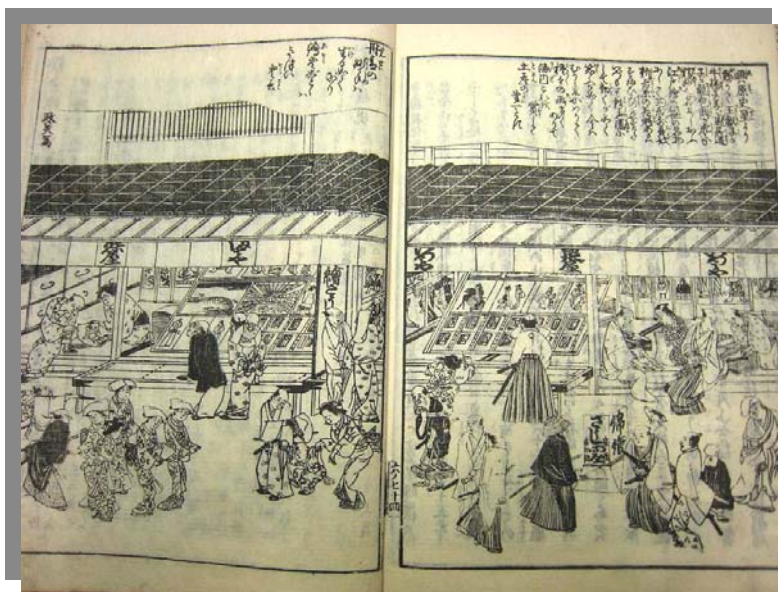


Fig. 16. *Tokaido Meisho Zue* (1797).

Fue en una tienda como ésta donde se inició un periplo nuevo para nuestro libro. Allí fue donde lo abrió el primero de sus dueños, cuyos sellos de propiedad podemos encontrar al principio del volumen (o *maki*) 1, iniciándose de este modo otra etapa en la vida de aquella edición médica, la de sus lecturas, que felizmente han sido concluidas en Madrid. Parece, pues, llegado el momento de que nos aventuremos en su interior, acaso como también lo hicieran sus primeros lectores. Como no es tarea fácil, las siguientes líneas sólo pretenden ser una pequeña guía para movernos en su interior⁵⁴. Esperamos que los consejos en ella incluidos sean útiles tanto para el lector como para el bibliotecario, e incluso también para aquel supuesto “viajero en el tiempo” que, al mirar la imagen arriba reproducida de Tokio, se hubiera transportado hasta ella para hojear algunas de las novedades puestas a la venta en librería tan bien surtida. Si éste último hubiera tomado en sus manos uno de aquellos volúmenes, es probable que hubiera suscitado la irónica mirada del dueño del establecimiento. En Extremo Oriente, como en el mundo árabe, los libros se abren y leen en dirección contraria a como se hace en Occidente. Si nos fijamos con más detalla en la estampa xilográfica citada, veremos que los lomos de los libros, identificables a través de la costura abierta de su encuadernación, miran hacia nuestra derecha. Están colocados en la dirección lógica para su apertura. Nosotros los abriríamos al revés, con el lomo a la izquierda. Resuelto este pequeño problema, la tapa anterior es fácilmente identificable por la presencia de una tira de papel vertical en la misma, donde figura el título y el volumen correspondiente.

En un libro antiguo oriental el título suele figurar en muchas partes, a causa tanto de su proceso de impresión xilográfica, como de su habitual estructura fragmentada en fascículos. El más externo y significativo de estos títulos a nuestra mirada es el que aparece en la cubierta anterior y que recibe el nombre de *daisen*. En él se imprimía o se escribía a mano el título o *gedai*. Si éste iba acompañado de algún resumen o aclaración breve recibe el nombre de *mokurokudaisen*, y si se le añadía una ilustración alusiva se denomina *edaisen*. Nuestro *Geka seiso* muestra un típico *daisen*, en vertical, donde podemos leer los cuatro monogramas del título y debajo encontramos la división de volumen, en *maki* o *kan* con el número 1 (una raya horizontal, el 2, dos, y el 3, tres). El hecho de que el *daisen* conservado esté impreso, y no copiado a mano, parece indicar que tanto la tira, y en consecuencia también la encuadernación, son originales de 1791. En Extremo Oriente era incomprensible que una obra se vendiera en rama, pues esto habría dificultado enormemente su comercialización. El título interior, semejante a una portada, aparece muchas veces pegado al interior de la tapa anterior. Éste es el caso de nuestro libro japonés complutense. Era denominado *naidai* o *bidai*. Si no había esta portada (no se generaliza hasta el siglo XVIII), el título encabezaba el inicio del texto, insertado en la primera columna del mismo. Es denominado *kanshudai*. Su ubicación le asemeja a un *incipit* medieval. Un cuarto título que no podía faltar era el *hashiradai* (柱題).

⁵⁴ Seguimos para ello las normas y términos empleados en el *Descriptive Cataloging Guidelines for Pre-Meiji Japanese Books*, de Isamu Tsuchitani, en su última revisión de 2007. Esta guía, elaborada por la norteamericana Library of Congress, puede ser consultada en la red a través de una copia en pdf: <http://www.loc.gov/catdir/cpsol/premeiji.pdf>

Quizás sea el menos visible. Aparece en el centro de cada pliego, encuadrado por un estrecho marco. También conocido como *hashira*, en él se indicaba el título de la obra, el número del volumen y el de la hoja respectiva. Al plegarse cada folio, esta cartela queda doblada, pero su presencia era fundamental, pues gracias a ella el impresor ordenaba las tablas según dicha numeración, y también podía identificar su procedencia en caso de que, en un accidente, las tablas conservadas en su almacén se desperdigaran. No menos útil era el *hashiradai* para el encuadernador o el lector, que debían coser y leer los libros con posterioridad. Como vemos, el *horishi* no se limitaba a tallar sobre la madera texto, notas e ilustraciones, sino que también añadía al bloque los “titulillos” y “signaturas” que ayudaban a su ordenación interna. A estas menciones del título de la obra se une en nuestro ejemplar del *Geka seiso* una más, en el corte lateral de cada volumen, donde podemos ver reproducido una vez más el título. Está escrito a mano, probablemente por el lector. Como los libros se guardaban en cajas, y en posición horizontal, este titulillo facilitaba al lector su rápida localización.

También podemos encontrar dentro de un libro oriental prefacios, tablas de materias y colofones. En los manuscritos se añadían dos tipos de colofones, el *hon-okugaki* constituye un texto del autor en el que explica la estructura de su obra, y el *sosa-okugaki*, que aporta datos sobre cuándo y dónde se realizó la copia. En los libros impresos se perpetuó este sistema de doble colofón, el *okuzuke*, pegado en la cubierta interior y que solía perderse en caso de una nueva encuadernación, y el *kanki*, que normalmente aparece al final del libro. Al final del *maki* o *kan* IV de nuestro *Geka seiso* aparece el colofón, encuadernado por error de manera invertida, y un sello pequeño ovalado en la esquina derecha.

Si nos adentramos propiamente en el texto, la cuestión principal se concentra en la cuestión del idioma utilizado para la impresión. La complejidad de los sistemas caligráficos y lingüísticos orientales se convierte en un formidable inconveniente para el lector no formado. Al inicio de este artículo hemos advertido que el *Geka seiso* está impreso en chino con marcas de lectura y anotaciones en japonés, o *kanbun*. La lengua china era tan imprescindible en Japón como el latín lo fue en Europa. Los signos de la escritura japonesa se habían adaptado de los chinos, y la influencia de la literatura científica, filosófica y espiritual continental era tan grande en el país de Yamato que los textos originales de los autores del país vecino no solían traducirse. Sin embargo, la lectura del chino fue precisando de ayudas, a través de un pequeño suplemento gráfico, que modificaba o aclaraba el contenido de la palabra china. A este método de escritura se le denomina *kanbun* (漢文). Consiste en pequeños signos, alineados junto a los caracteres chinos, que indican al lector el orden que la frase tendría en japonés, o añaden las partículas y flexiones verbales propias de la lengua japonesa, lógicamente ausentes en el chino clásico.

Como sobre el contenido del *Geka seiso* hemos tratado al inicio, enumerando o analizando muchas de sus prescripciones médicas y profesionales, resulta evidente que en

este punto nuestro “viaje” ha llegado, paradójicamente, al final del camino. Es más, casi parece como si las letras empezaran a emborronarse, o que incluso nos sonaran a “chino”. Hay algo de verdad en ello, pero de lo que ya no cabe duda es de que nuestro “sueño” ha acabado. Despidámonos, pues, del *Geka seiso*, vayámonos en silencio y aprovechemos la ocasión para permitir que el autor japonés (que aparece en la ilustración inferior) trabaje en su escritorio. La escena, en muchos aspectos, y el propio libro donde aparece estampada, pueden ser concebidas como la puerta a un periplo que el lector puede ya emprender sin necesidad de guías. Pero también (¡quién sabe!), quizás sea este personaje oriental el que en verdad está dormitando (y no nosotros), de modo que para él ustedes y yo sólo somos el fruto de su ensoñación. A veces, no lo olvidemos, los libros atrapan a los lectores. Se trata de una sensación que el doctor Guerra, como bibliófilo, experimentó muchas veces. Ojalá estas páginas hayan servido para que el libro antiguo oriental también les “capture” a partir de ahora.



Autor japonés en su escritorio: libros y material de escritura (1795)